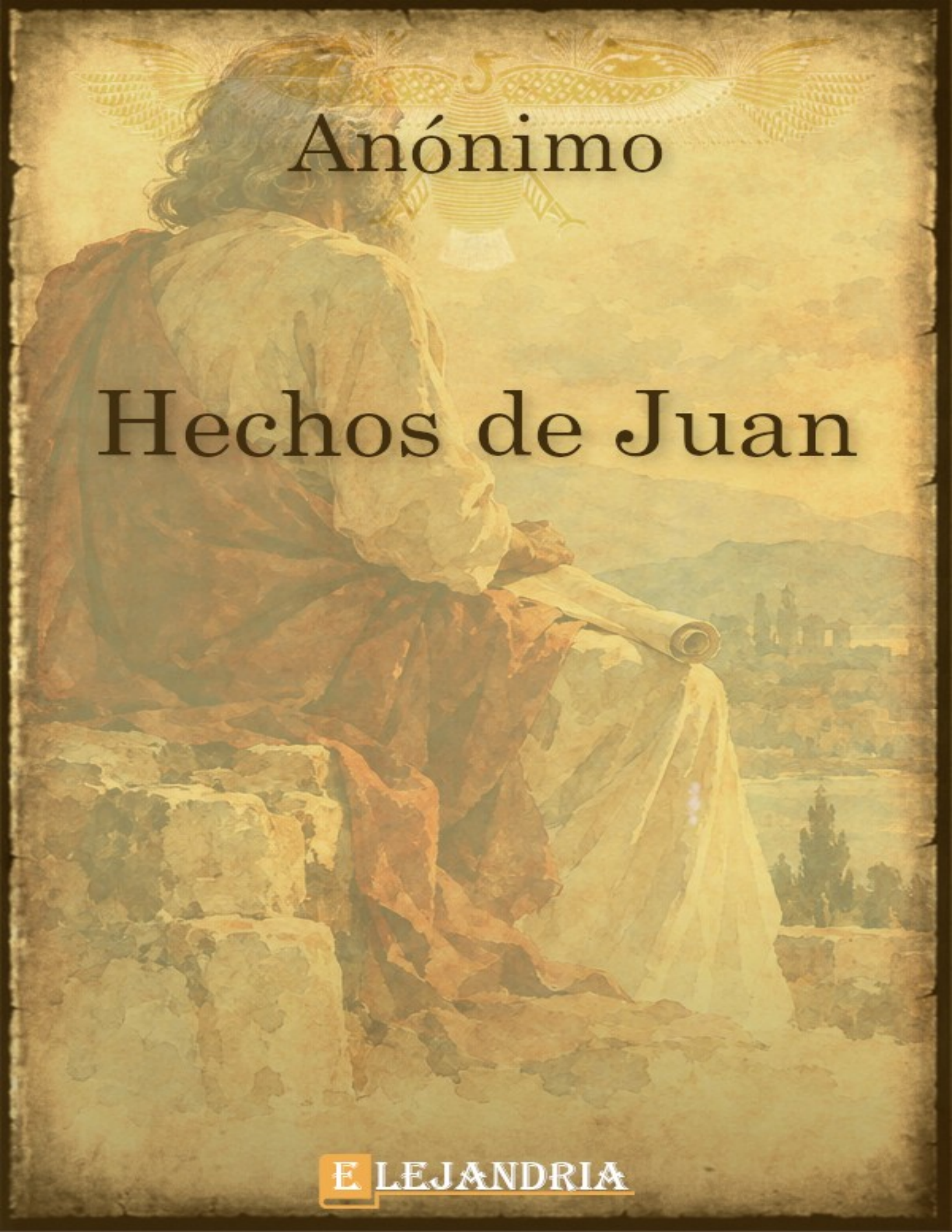
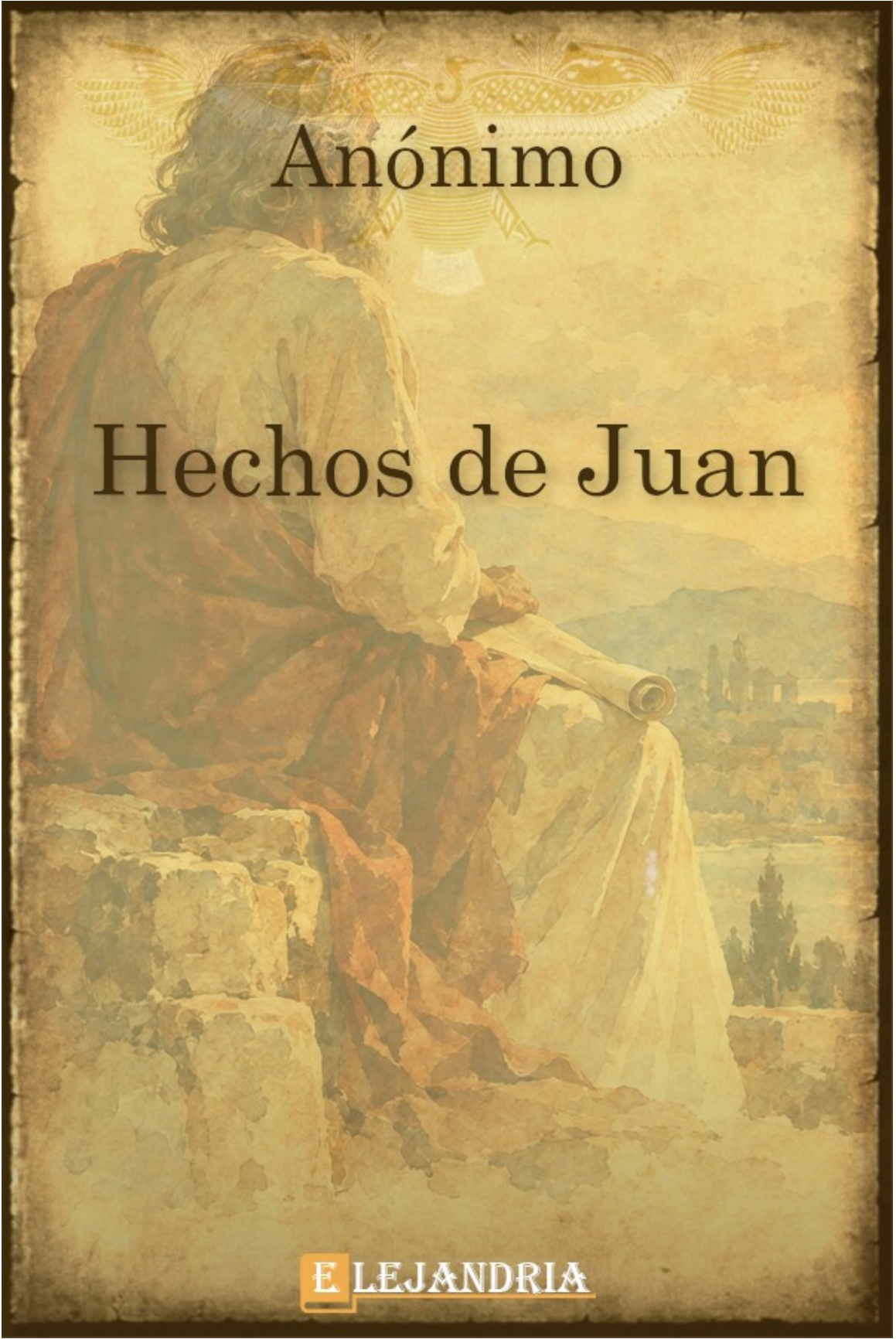




Anónimo

# Hechos de Juan



Anónimo

# Hechos de Juan

**E** LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# HECHOS DE JUAN

**ANÓNIMO**

**PUBLICADO: SIGLOS II Y III**

**FUENTE: ARCHIVE.ORG**

**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

## **EN ÉFESO: LICOMEDES Y EL RETRATO DEL APÓSTOL**

18 Y Juan se apresuraba hacia Éfeso, movido a ello por una visión. Damónico, pues, y Aristodemo su pariente, y cierto hombre muy rico, Cleobio, y la mujer de Marcelo, apenas alcanzaron a retenerlo un día en Mileto, descansando con él. Y habiendo partido muy de mañana, y llevando ya recorridas como cuatro millas del camino, vino una voz del cielo, oída por todos nosotros, que decía: Juan, estás a punto de dar gloria a tu Señor en Éfeso, lo cual sabrás, tú y todos los hermanos que están contigo, y algunos de los que allí están, los cuales creerán por tu medio. Juan, pues, meditaba, regocijándose en sí mismo, qué sería lo que había de sucederle (acontecerle) en Éfeso, y dijo: Señor, he aquí que voy conforme a tu voluntad: hágase lo que tú desees.

19 Y al acercarnos a la ciudad, salió a nuestro encuentro Licomedes, el pretor de los efesios, hombre de mucha hacienda, y cayendo a los pies de Juan le rogó, diciendo: ¿Es tu nombre Juan? El Dios que predicas te ha enviado a hacer bien a mi mujer, que ha sido herida de perlesía ya hace siete días y yace sin remedio. Mas glorifica tú a tu Dios sanándola, y ten compasión de nosotros. Porque estando yo considerando conmigo mismo qué resolución tomar en este asunto, se puso a mi lado uno y dijo: Licomedes, cesa de este pensamiento que guerrea contra ti, porque es malo (duro): no te sometas a él. Porque yo tengo compasión de mi sierva Cleopatra, y he enviado desde Mileto a un hombre llamado Juan que

la levantará y te la restituirá sana. No tardes, pues, tú, siervo del Dios que se me ha manifestado, sino apresúrate hacia mi mujer, que no tiene sino aliento. Y al punto salió Juan de la puerta, con los hermanos que estaban con

él y con Licomedes, hacia su casa. Mas Cleobio dijo a sus criados: Id a mi pariente Calipo y recibid de él grata hospitalidad —pues he venido aquí con su hijo— para que hallemos todo dispuesto decorosamente.

20 Y cuando Licomedes entró con Juan en la casa donde yacía su mujer, volvió a asirse de sus pies y dijo: Mira, señor, el marchitarse de la hermosura, mira la juventud, mira la renombrada flor de mi pobre mujer, de la cual se maravillaba toda Éfeso: desdichado de mí, he padecido envidia, he sido humillado, el ojo de mis enemigos me ha herido: nunca hice mal a nadie, aunque pude haber dañado a muchos, pues precisamente por esto miraba yo con cuidado, y me guardaba, para no ver ningún mal ni tan mala fortuna como esta. ¿Qué provecho, pues, ha sacado Cleopatra de mi desvelo? ¿qué he ganado con ser tenido por hombre piadoso hasta este día? antes bien, padezco más que los impíos, en cuanto te veo, Cleopatra, yacer en tal estado. El sol en su curso ya no me verá conversar contigo: iré delante de ti, Cleopatra, y me privaré de la vida: no perdonaré mi propia seguridad aunque sea todavía joven. Me defenderé ante la Justicia, pues con razón la he desertado, porque puedo acusarla de juzgar injustamente. Me vengaré de ella cuando comparezca ante ella como fantasma <despojada> de vida. Le diré: Tú me forzaste a dejar la luz cuando me robaste a Cleopatra: tú hiciste que me tornara cadáver cuando me enviaste esta mala fortuna: tú me obligaste a insultar a la Providencia, cortando mi gozo de vivir (mi confianza).

21 Y con aún más palabras, Licomedes, dirigiéndose a Cleopatra, se acercó al lecho y clamó en voz alta y se lamentó: mas Juan lo apartó, y dijo: Cesa de estos lamentos y de tus palabras impropias: no debes desobedecer a aquel que (¿?) se te apareció: pues sabe que recobrarás a tu consorte. Ponte, pues, en pie con nosotros, que

hemos venido aquí por causa de ella, y ora al Dios que viste manifestarse a ti en sueños. ¿Qué es esto, pues, Licomedes? Despierta tú también, y abre tu alma. Sacude de ti el pesado sueño: suplica al Señor, ruégale por tu mujer, y él la levantará. Mas él cayó al suelo y se lamentó, desfallecido.

Juan entonces dijo con lágrimas: ¡Ay de la reciente (nueva) traición de mi visión! ¡ay de la nueva tentación que se me prepara! ¡ay del nuevo ardid de aquel que trama contra mí! La voz del cielo que me fue traída en el camino, ¿ha tramado esto para mí? ¿era esto lo que me presagiaba que había de acontecer aquí, entregándome a esta gran multitud de ciudadanos por causa de Licomedes? El hombre yace sin

aliento, y bien sé que no me dejarán salir vivo de la casa. ¿Por qué tardas, Señor (o, ¿qué harás?)? ¿por qué nos has cerrado tu buena promesa? No des, te suplico, Señor, no des ocasión de exultar a quien se goza en el sufrimiento ajeno; no des ocasión de bailar a quien siempre nos escarnece; antes bien, apresúrese tu santo nombre y tu misericordia. Levanta a estos dos muertos cuya muerte pesa contra mí.

22 Y así como Juan así clamaba, la ciudad de los efesios corrió en tropel a la casa de Licomedes, al oír que había muerto. Y Juan, viendo la gran multitud que había venido, dijo al Señor: Ahora es el tiempo del refrigerio y de la confianza hacia ti, oh Cristo; ahora es el tiempo de que nosotros, los enfermos, tengamos el socorro que de ti procede, oh médico que sanas de balde; guarda mi entrada aquí a salvo de escarnio. Te suplico, Jesús, socorre a esta gran multitud, para que venga a ti, que eres Señor de todas las cosas: mira la aflicción, mira a los que aquí yacen. Prepara tú, aun de entre los que se han congregado para este fin, vasos santos para tu servicio, cuando vean tu don. Pues tú mismo has dicho, oh Cristo: «Pedid, y se os dará». Te pedimos, pues, oh rey, no oro, no plata, no hacienda, no posesiones, ni cosa alguna de las que están sobre la tierra y perecen, sino dos almas, por medio de las cuales convertirás a los que aquí están a tu camino, a tu enseñanza, a tu libertad

(confianza), a tu excelentísima (o infalible) promesa: pues cuando perciban tu poder en que los que han muerto son levantados, se salvarán algunos de ellos. Dales tú mismo, pues, esperanza en ti: y así iré yo a Cleopatra y diré: Levántate en el nombre de Jesucristo.

23 Y se acercó a ella y le tocó el rostro y dijo: Cleopatra, Él dice, a quien todo príncipe teme, y toda criatura y todo poder, el abismo y toda tiniebla, y la muerte adusta, y la altura del cielo, y los círculos del infierno [y la resurrección de los muertos, y la vista de los ciegos], y todo el poder del príncipe de este mundo, y el orgullo del príncipe: Levántate, y no seas ocasión para muchos que no quieren creer, ni aflicción para las almas que pueden esperar y ser salvas. Y Cleopatra al punto clamó con gran voz: Me levanto, maestro: salva a tu sierva.

Y cuando ella se hubo levantado <habiendo yacido sin remedio durante> siete días, la ciudad de los efesios se conmovió ante el espectáculo inesperado. Y Cleopatra preguntó por su marido Licomedes, mas Juan le dijo: Cleopatra, si mantienes tu alma inmóvil y constante, tendrás al punto a Licomedes tu marido en pie aquí junto a ti, con tal que no te turbes ni te conmuevas por lo que ha acontecido, habiendo creído en mi Dios, que por mi medio te lo concederá vivo.

Ven, pues, conmigo a tu otra alcoba, y lo verás, cadáver en verdad, mas resucitado por el poder de mi Dios.

24 Y Cleopatra, yendo con Juan a su alcoba, y viendo a Licomedes muerto por su causa, no tuvo poder para hablar (padeció en su voz), y crujió los dientes y se mordió la lengua, y cerró los ojos, derramando lágrimas: y con serenidad atendía al apóstol. Mas Juan tuvo compasión de Cleopatra al ver que ni se enfurecía ni estaba fuera de sí, e invocó la perfecta y condescendiente misericordia, diciendo: Señor Jesucristo, tú ves la opresión del dolor, tú ves la necesidad; tú ves a Cleopatra gritar su alma en silencio, pues contiene dentro de sí el frenesí que no se puede sobrellevar; y sé que por causa de Licomedes ella también morirá sobre su cuerpo. Y

ella dijo quedamente a Juan: Eso tengo en mente, maestro, y ninguna otra cosa.

Y el apóstol se acercó al lecho donde yacía Licomedes, y tomando la mano de Cleopatra dijo: Cleopatra, a causa de la multitud presente, y de tus parientes que han entrado, di tú a tu marido, con gran clamor: Levántate y glorifica el nombre de Dios, pues él devuelve el muerto al muerto. Y ella se acercó a su marido y le dijo según le fue enseñado, y al punto lo levantó. Y él, al levantarse, cayó al suelo y besó los pies de Juan, mas este lo levantó, diciendo: Oh hombre, no beses mis pies, sino los pies de Dios, por cuyo poder ambos habéis resucitado.

25 Mas Licomedes dijo a Juan: Te ruego y te conjuro por el Dios en cuyo nombre nos has resucitado, que permanezcas con nosotros, junto con todos los que están contigo. Asimismo Cleopatra también le asió los pies y dijo lo mismo. Y Juan les dijo: Mañana estaré con vosotros. Y ellos le dijeron de nuevo: No tendremos esperanza alguna en tu Dios, sino que habremos sido resucitados en vano, si no permaneces con nosotros. Y Cleobio, con Aristodemo y Damónico, se conmovieron en el alma y dijeron a Juan: Permanezcamos con ellos, para que persistan sin ofensa hacia el Señor. Así permaneció allí con los hermanos.

26 Se congregó, pues, una gran multitud por causa de Juan; y mientras él disertaba ante los que allí estaban, Licomedes, que tenía un amigo pintor diestro, fue apresuradamente a él y le dijo: Ya ves que vengo a ti con gran prisa: ven pronto a mi casa y pinta al hombre que te mostraré, sin que él lo sepa. Y el pintor, entregando a alguien los instrumentos y colores necesarios, dijo a Licomedes: Muéstramelo, y de lo demás no tengas cuidado. Y Licomedes señaló a Juan al pintor, y lo llevó cerca de él, y lo encerró en un cuarto desde donde se pudiera ver al apóstol de Cristo. Y Licomedes estaba con el hombre bienaventurado, regalándose en la fe y en el conocimiento de nuestro Dios, y se gozaba aún más al pensar que lo poseería en un retrato.

27 El pintor, pues, el primer día hizo un bosquejo de él y se marchó. Y al siguiente lo pintó con sus colores, y así entregó el retrato a Licomedes, para gran gozo suyo. Y este lo tomó y lo colocó en su propia alcoba y lo adornó con guirnaldas: de modo que después Juan, al percibirlo, le dijo: Amado hijo mío, ¿qué es esto que siempre haces cuando entras del baño a tu alcoba a solas? ¿acaso no oro contigo y con los demás hermanos? ¿o hay algo que nos ocultas? Y diciendo esto y hablando con él en son de burla, entró en la alcoba, y vio el retrato de un anciano coronado de guirnaldas, y lámparas y altares puestos delante de él. Y lo llamó y dijo: Licomedes, ¿qué quiere decir esto del retrato? ¿puede ser alguno de tus dioses lo que aquí está pintado? pues veo que todavía vives al modo pagano. Y Licomedes le respondió: Mi único Dios es el que me levantó de la muerte junto con mi mujer: mas si, después de ese Dios, es justo que los hombres que nos han beneficiado sean llamados dioses —eres tú, padre, a quien he mandado pintar en ese retrato, a quien coronó y amo y reverencio como habiéndote convertido en mi buen guía.

28 Y Juan, que nunca en momento alguno había visto su propio rostro, le dijo: Te burlas de mí, hijo: ¿soy yo así de aspecto, <superando a> tu Señor? ¿cómo puedes persuadirme de que el retrato se me parece? Y Licomedes le trajo un espejo. Y cuando se hubo visto en el espejo y mirado atentamente el retrato, dijo: Vive el Señor Jesucristo, que el retrato se me parece: mas no a mí, hijo, sino a mi imagen carnal; porque si este pintor, que ha imitado este mi rostro, desea dibujarme en un retrato, se hallará en apuros, (necesitando más que los colores que ahora †se te dan†), y tablas y yeso (¿?) y cola (¿?), y la postura de mi figura, y la vejez y la juventud y todas las cosas que se ven con el ojo.

29 Mas sé tú para mí un buen pintor, Licomedes. Tienes colores que él te da por mi medio, él que nos pinta a todos para sí mismo, a saber, Jesús, que conoce las formas y apariencias y posturas y disposiciones y tipos de nuestras almas. Y los colores con que te mando pintar son estos: fe en Dios, conocimiento, temor de Dios, amistad, comunión, mansedumbre, bondad, amor fraterno, pureza,

sencillez, tranquilidad, intrepidez, ausencia de tristeza, sobriedad, y toda la compañía de colores que pinta la semejanza de tu alma, y que aun ahora levanta tus miembros que estaban abatidos, y allana los que estaban ensoberbecidos, y cuida tus contusiones, y sana tus heridas, y ordena tu cabello que estaba desarreglado, y lava tu rostro, y corrige tus ojos, y purga tus entrañas, y vacía tu vientre, y corta aquello que está

por debajo de él; y en una palabra, cuando toda la compañía y mezcla de tales colores se haya reunido en tu alma, la presentará a nuestro Señor Jesucristo, intrépida, íntegra (sin pulir) y firme de forma. Mas esto que has hecho ahora es cosa de niños e imperfecta: has dibujado una semejanza muerta de lo muerto.

No hace falta suponer aquí pérdida alguna de texto: pero es posible que se hayan omitido algunas pocas frases. La transición es brusca, y el nuevo episodio no tiene, como en otros lugares, título propio.

30 Y mandó a Vero (Bero), el hermano que le servía, que reuniera a las ancianas que había en toda Éfeso, y prepararon, él y Cleopatra y Licomedes, todas las cosas para el cuidado de ellas. Vero, pues, vino a Juan, diciendo: De las ancianas que hay aquí, mayores de sesenta años, he hallado solo cuatro sanas de cuerpo, y de las demás, unas... (falta una palabra) y otras paralíticas y otras enfermas. Y al oír esto, Juan guardó silencio largo rato, y se frotó el rostro y dijo: ¡Oh el decaimiento (la flaqueza) de los que habitan en Éfeso! ¡Oh el estado de disolución, y la flaqueza para con Dios! ¡Oh demonio, que tan largo tiempo has escarnecido a los fieles de Éfeso! Jesús, que me da la gracia y el don de tener en él mi confianza, me dice en silencio: Envía por las ancianas que están enfermas, y ven (está) con ellas al teatro, y sáname por mi medio a ellas: pues hay algunas de ellas que vendrán a este espectáculo, a las cuales, por estas sanidades, convertiré y haré útiles para algún fin.

31 Y cuando toda la multitud se hubo congregado ante Licomedes, este la despidió en nombre de Juan, diciendo: Mañana venid al teatro, cuantos deseéis ver el poder de Dios. Y la multitud,

al día siguiente, siendo todavía de noche, acudió al teatro: de modo que el procónsul también lo supo y se apresuró y tomó asiento con todo el pueblo. Y cierto pretor, Andrónico, que era entonces el primero de los efesios, hizo correr la voz de que Juan había prometido cosas imposibles e increíbles: Pero si, decía él, es capaz de hacer tal cosa como oigo, que venga al teatro público, cuando esté abierto, desnudo, y sin tener nada en las manos, y que no pronuncie ese nombre mágico que le he oído proferir.

32 Juan, pues, habiendo oído esto y conmovido por estas palabras, mandó que trajeran al teatro a las ancianas: y cuando todas hubieron sido llevadas al centro, unas en lechos y otras yaciendo en profundo sueño, y toda la ciudad se hubo congregado, y se hizo un gran silencio, Juan abrió su boca y comenzó a decir:

33 Varones efesios, aprended ante todo por qué visito vuestra ciudad, o cuál es esta gran confianza que tengo hacia vosotros, para que se manifieste a esta asamblea general y a todos vosotros (o, para que yo me manifieste a). He sido enviado, pues, en una misión que no es de ordenación humana, y

no en viaje vano alguno; ni soy yo mercader que hace tratos o cambios; sino que Jesucristo, a quien predico, siendo compasivo y benigno, desea por mi medio convertiros a todos vosotros, que estáis sumidos en la incredulidad y vendidos a malos deseos, y libraros del error; y por su poder confundiré aun la incredulidad de vuestro pretor, levantando a los que yacen ante vosotros, a quienes todos veis, en qué estado y en qué enfermedades se hallan. Y hacer esto (confundir a Andrónico) no me es posible si ellas perecen; por tanto, serán †sanadas†.

34 Mas esto primero he deseado sembrar en vuestros oídos: que cuidéis de vuestras almas —por lo cual he venido a vosotros— y no esperéis que este tiempo sea para siempre, pues no es sino un momento, y no atesoréis sobre la tierra, donde todas las cosas se desvanecen. Ni penséis que, habiendo engendrado hijos, podréis descansar sobre ellos (¿?), ni tratéis, por causa de ellos, de defraudar y usurpar. Tampoco, vosotros los pobres, os aflijáis si no

tenéis con qué serviros de placeres; pues los hombres de hacienda, cuando enferman, os llaman dichosos. Ni tampoco, vosotros los ricos, os gocéis de tener mucho dinero, porque, al poseer estas cosas, os procuráis a vosotros mismos una pena de la que no podréis libraros cuando las perdáis; y además, mientras las tenéis, teméis que alguien os asalte por causa de ellas.

35 Tú también, que estás engréido por la gallardía de tu cuerpo, y eres de altiva mirada, verás el fin de esa promesa en la sepultura; y tú, que te gozas en el adulterio, sabe que tanto la ley como la naturaleza lo vengan sobre ti, y antes que ellas, la conciencia; y tú, adúltera, que eres adversaria de la ley, no sabes adónde llegarás al fin. Y tú, que no compartes con el necesitado, sino que tienes dineros guardados, cuando salgas de este cuerpo y tengas necesidad de alguna misericordia cuando ardas en el fuego, no tendrás quien se apiade de ti; y tú, el iracundo y apasionado, sabe que tu conversación es semejante a la de las bestias brutas; y tú, borracho y pendenciero, aprende que pierdes el sentido por hacerte esclavo de un deseo vergonzoso e inmundado.

36 Tú, que te gozas en el oro y te deleitas con marfil y joyas, cuando cae la noche, ¿puedes ver lo que amas? Tú, que eres vencido por las vestiduras suaves, y luego dejas la vida, ¿te aprovecharán esas cosas en el lugar adonde vas? Y sepa el homicida que le está reservado el castigo merecido, doblado, después de su partida de aquí. Asimismo también tú, envenenador, hechicero, ladrón, defraudador, sodomita, ratero, y cuantos sois de esa banda, vendréis al fin, según os llevan vuestras obras, al fuego inextinguible, y a las tinieblas totales, y al pozo del castigo, y a la amenaza eterna. Por lo cual, varones efesios, convertíos, sabiendo también esto: que los reyes, los gobernantes, los tiranos, los jactanciosos, y los que

han vencido en las guerras, despojados de todo cuando parten de aquí, sufren dolor, alojados en la miseria eterna.

37 Y habiendo dicho esto, Juan, por el poder de Dios, sanó todas las enfermedades.

Esta frase debe de ser un resumen de una narración mucho más larga. El manuscrito no indica interrupción alguna en este punto: pero debemos suponer una pérdida de texto nada desdeñable. Por una parte, Andrónico, que aquí es incrédulo, aparece como converso en las líneas siguientes. Ahora bien, él es, como veremos más adelante, el marido de una eminente creyente, Drusiana; y su conversión y la de ella habrán sido narradas con cierta extensión; y no dudo que, entre otras cosas, hubo un discurso de Juan persuadiéndolos a vivir en continencia.

37 (continuación). Y dijeron los hermanos de Mileto a Juan: Hemos permanecido largo tiempo en Éfeso; si te parece bien, vayamos también a Esmirna; pues ya oímos que las grandes obras de Dios han llegado también allí. Y Andrónico les dijo: Cuando el maestro quiera, entonces vayamos. Mas Juan dijo: Vayamos primero al templo de Ártemis, pues acaso también allí, si nos mostramos, se hallarán los siervos del Señor.

## EL TEMPLO DE ÁRTEMIS

38 Pasados, pues, dos días, llegó el cumpleaños del templo del ídolo. Entonces Juan, cuando todos iban vestidos de blanco, se vistió él solo de negro y subió al templo. Y le prendieron e intentaron matarle. Mas Juan dijo: Estáis locos al arremeter contra mí, que soy siervo del único Dios. Y se subió a un alto pedestal y les dijo:

39 Corréis peligro, varones de Éfeso, de asemejaros en vuestro carácter al mar: todo río que en él desemboca y toda fuente que en él desciende, y las lluvias, y las olas que se empujan unas a otras, y los torrentes llenos de piedras, se hacen todos salados a la vez por el amargo *elemento* (MS.: «promesa») que hay en él. Así también vosotros, permaneciendo hasta hoy inmutables hacia la verdadera piedad, os habéis corrompido con vuestros antiguos ritos de culto. ¿Cuántos prodigios y curaciones de enfermedades habéis visto obrados por mi medio? Y, sin embargo, estáis ciegos de corazón y no podéis recobrar la vista. ¿Qué es, pues, esto, oh varones de Éfeso? Me he aventurado ahora y he subido incluso a este vuestro templo del ídolo. Os convenceré de que sois del todo impíos, y muertos para el entendimiento de los hombres. Mirad, aquí estoy: todos vosotros decís que tenéis una diosa, a saber, Ártemis: rogadle, pues, que yo solo muera; o si no podéis hacer esto, yo solo invocaré a mi propio Dios, y por vuestra incredulidad haré que cada uno de vosotros muera.

40 Mas los que ya antes le habían puesto a prueba y habían visto a muertos resucitados, clamaron: No nos mates así, te lo suplicamos, Juan. Sabemos que puedes hacerlo. Y Juan les dijo: Si,

pues, no queréis morir, sea confundido aquello que adoráis —y por qué es confundido—, para que también vosotros podáis

apartaros de vuestro antiguo error. Porque ahora es tiempo de que, o bien seáis convertidos por mi Dios, o bien yo mismo muera por vuestra diosa; pues oraré en vuestra presencia y suplicaré a mi Dios que os sea mostrada misericordia.

41 Y habiendo dicho esto, oró así: Oh Dios, que eres Dios por encima de todos los que son llamados dioses, que hasta este día has sido tenido en nada en la ciudad de los efesios; que pusiste en mi mente venir a este lugar, cosa que yo jamás pensé; que convences a todo género de culto volviendo a los hombres hacia ti; a cuyo nombre huye todo ídolo y todo espíritu maligno y todo poder inmundado; ahora también, por la huida aquí del espíritu maligno ante tu nombre, del mismo que engaña a esta gran multitud, muestra tú tu misericordia en este lugar, porque han sido hechos errar.

42 Y mientras Juan decía estas cosas, al instante el altar de Ártemis se partió en muchos pedazos, y cayeron todas las cosas que estaban consagradas en el templo, y †[MS.: lo que a él le pareció bien]† quedó desgarrado, y asimismo más de siete de las imágenes de los dioses. Y se derrumbó la mitad del templo, de modo que el sacerdote quedó muerto de un solo golpe por la caída del (¿tejado?, ¿viga?). La multitud de los efesios clamó entonces: Uno es el Dios de Juan, uno es el Dios que se apiada de nosotros, pues tú solo eres Dios: ahora nos volvemos a ti, contemplando tus obras maravillosas. Ten misericordia de nosotros, oh Dios, conforme a tu voluntad, y sálvanos de nuestro gran error. Y algunos de ellos, postrados de bruces, suplicaban, y otros se arrodillaban e imploraban, y otros rasgaban sus vestidos y lloraban, y otros intentaban escapar.

43 Mas Juan extendió las manos, y, elevado en su alma, dijo al Señor: Gloria a ti, Jesús mío, único Dios de verdad, porque ganas (recibes) a tus siervos por medios diversos. Y habiendo dicho esto, dijo al pueblo: Levantaos del suelo, varones de Éfeso, y orad a mi Dios, y reconoced el poder invisible que se manifiesta, y las obras maravillosas que se obran ante vuestros ojos. Ártemis debería

haberse socorrido a sí misma: a su sacerdote debería haberlo ayudado ella, y no haber muerto. ¿Dónde está el poder del espíritu maligno? ¿Dónde sus sacrificios? ¿Dónde sus cumpleaños? ¿Dónde sus fiestas? ¿Dónde están las guirnaldas? ¿Dónde está toda esa hechicería y el envenenamiento (brujería) que es su hermana?

44 Mas el pueblo, levantándose del suelo, fue presuroso y derribó lo que quedaba del templo del ídolo, clamando: Solo al Dios de Juan conocemos, y a él en adelante adoraremos, pues ha tenido misericordia de nosotros. Y cuando Juan descendió de allí, mucha gente se aferraba a él, diciendo: ¡Ayúdanos, oh Juan! ¡Socórrenos, que perecemos en vano! Tú ves nuestro propósito: tú ves a la multitud que te sigue y pende de ti con esperanza hacia tu Dios. Hemos visto el camino en que erramos cuando lo perdimos a él: hemos visto a nuestros dioses erigidos en vano: hemos visto la gran y vergonzosa mofa que ha venido sobre

ellos: mas permítenos, te lo suplicamos, venir a tu casa y ser socorridos sin obstáculo. Recíbenos a nosotros, que estamos en perplejidad.

45 Y Juan les dijo: Varones (de Éfeso), creed que por vuestra causa he permanecido en Éfeso, y he aplazado mi viaje a Esmirna y a las demás ciudades, para que también allí los siervos de Cristo se vuelvan a él. Mas †como todavía no estaba yo plenamente seguro respecto de vosotros†, he perseverado orando a mi Dios y suplicándole que partiera yo de Éfeso solo cuando os hubiera confirmado en la fe; y puesto que veo que esto se ha cumplido, y aun se está cumpliendo más todavía, no os dejaré hasta que os haya destetado como a niños de la leche de la nodriza, y os haya asentado sobre una roca firme.

46 Juan, pues, continuó con ellos, siendo recibidos en la casa de Andrónico. Y uno de los que estaban allí congregados dejó el cuerpo muerto del sacerdote de Ártemis ante la puerta [del templo], porque era pariente suyo, y entró aprisa con los demás, sin decir nada de ello. Juan, entonces, después del discurso a los hermanos, y de la oración, y de la acción de gracias (eucaristía), y de la imposición de

manos sobre cada uno de la congregación, dijo por el espíritu: Hay aquí uno que, movido por la fe en Dios, ha dejado al sacerdote de Ártemis ante la puerta y ha entrado, y en el anhelo de su alma, cuidando primero de sí mismo, ha pensado así en su interior: Mejor es que yo piense en los vivos que en mi pariente que está muerto; porque sé que, si me vuelvo al Señor y salvo mi propia alma, Juan no rehusará resucitar también al muerto. Y Juan, levantándose de su lugar, fue hacia aquel en quien había entrado ese pariente del sacerdote que así había pensado, y le tomó de la mano y le dijo: ¿Tenías este pensamiento cuando viniste a mí, hijo mío? Y él, sobrecogido de temblor y espanto, dijo: Sí, señor, y se echó a sus pies. Y Juan dijo: Nuestro Señor es Jesucristo, que mostrará su poder en tu pariente muerto resucitándolo.

47 E hizo levantarse al joven, y, tomándole de la mano, le dijo: No es gran cosa que un hombre que es dueño de grandes misterios continúe fatigándose en pequeñeces; ¿o qué cosa grande es librar a los hombres de las enfermedades del cuerpo? Y, con todo, teniéndole de la mano, le dijo: Yo te digo, hijo, ve y resucita tú mismo al muerto, sin decir sino esto solo: Juan, el siervo de Dios, te dice: Levántate. Y el joven fue a donde estaba su pariente y dijo solamente esto —y mucha gente iba con él— y volvió a Juan trayéndolo vivo. Y Juan, al ver al que había sido resucitado, dijo: Ahora que has resucitado, no vives verdaderamente, ni eres partícipe ni heredero de la vida verdadera: ¿quieres pertenecer a aquel por cuyo nombre y poder has sido resucitado? Cree ahora, y vivirás por todos los siglos. Y él creyó al punto en el Señor Jesús y desde entonces se apegó a Juan.

[Otro manuscrito (Q, Parisinus graecus 1468, del siglo XI) trae otra forma de esta historia. Juan destruye el templo de Ártemis, y luego «nosotros» vamos a Esmirna y todos los ídolos son destrozados: Búculo, Policarpo y Andrónico quedan al frente de la región. Había allí dos sacerdotes de Ártemis, hermanos, y uno de ellos murió. La resurrección se cuenta de forma muy parecida al texto más antiguo, pero más brevemente.

«Nosotros» permanecemos cuatro años en la región, que se convirtió por entero, y luego regresamos a Éfeso.]

48 Al día siguiente, Juan, habiendo visto en sueños que debía caminar tres millas fuera de las puertas, no lo descuidó, sino que se levantó temprano y se puso en camino junto con los hermanos.

Y cierto campesino, a quien su padre amonestaba a que no tomase para sí a la esposa de un compañero de labor suyo, el cual había amenazado con matarle —este joven no quiso soportar la amonestación de su padre, sino que le dio una patada y le dejó sin habla (es decir, muerto). Y Juan, viendo lo que había acontecido, dijo al Señor: Señor, ¿fue por esto por lo que me mandaste salir hoy hasta aquí?

49 Mas el joven, viendo la violencia (el filo) de la muerte, y temiendo ser apresado, sacó la hoz que llevaba en el cinto y echó a correr hacia su propia morada; y Juan le salió al encuentro y le dijo: Detente, demonio desvergonzadísimo, y dime adónde corres llevando una hoz sedienta de sangre. Y el joven se turbó y arrojó el hierro al suelo, y le dijo: He hecho una acción miserable y bárbara, y lo sé, y por ello determiné hacer un mal aún peor y más cruel, esto es, morir yo mismo al punto. Porque, como mi padre siempre me refrenaba hacia la sobriedad, para que viviese sin adulterio y castamente, no pude soportar que me reprendiese, y le di una patada y lo maté, y cuando vi lo hecho, me apresuraba hacia la mujer por cuya causa me hice asesino de mi padre, con intención de matarla a ella y a su marido, y a mí mismo el último: pues no podía soportar ser visto por el marido de aquella mujer, ni sufrir la sentencia de muerte.

50 Y Juan le dijo: Para que yo, al marcharme y dejarte en peligro, no dé ocasión a aquel que desea reírse y jugar contigo, ven conmigo y muéstrame a tu padre, dónde yace. Y si te lo resucito, ¿te abstendrás en adelante de la mujer que se te ha convertido en lazo? Y el joven dijo: Si me resucitas a mi propio padre vivo, y si lo veo sano y †perseverando† en vida, en adelante me abstendré de ella.

51 Y mientras hablaba, llegaron al lugar donde el anciano yacía muerto, y muchos transeúntes estaban de pie cerca de allí. Y Juan dijo al joven: Desdichado, ¿ni siquiera perdonaste la vejez de tu padre? Y él, llorando y mesándose los cabellos, dijo que se arrepentía de ello; y

Juan, el siervo del Señor, dijo: Tú me mostraste que había de encaminarme a este lugar, tú sabías que esto habría de acontecer, tú, de quien nada de lo hecho en vida puede ocultarse, que me das poder para obrar toda cura y sanación conforme a tu voluntad: dame también ahora vivo a este anciano, pues ves que su asesino se ha convertido en su propio juez: y perdónale, oh único Señor, a quien no perdonó a su padre (porque él) le aconsejaba para su bien.

52 Y con estas palabras se acercó al anciano y dijo: Mi Señor no será débil para extender su bondadosa piedad y su condescendiente misericordia también hasta ti: levántate, pues, y da gloria a Dios por la obra que se ha cumplido <sup>†</sup>en este momento<sup>†</sup>. Y el anciano dijo: Me levanto, Señor. Y se incorporó y se sentó, y dijo: Yo había sido liberado de una vida terrible, y tenía que soportar los insultos de mi hijo, terribles y numerosos, y su falta de afecto natural, ¿y para qué fin me has hecho volver, oh hombre del Dios vivo? (Y Juan le respondió: Si) has resucitado solo para el mismo fin, mejor te sería morir; mas levántate hacia cosas mejores. Y le tomó y le condujo a la ciudad, predicándole la gracia de Dios, de modo que, antes de entrar por la puerta, el anciano creyó.

53 Mas el joven, al ver la inesperada resurrección de su padre y su propia salvación, tomó una hoz y se mutiló a sí mismo, y corrió a la casa donde tenía a su adúltera, y le reprochó diciendo: Por tu causa me hice asesino de mi padre, y de vosotros dos, y de mí mismo: ahí tienes lo que es igualmente culpable de todo. Pues de mí se ha compadecido Dios, para que conociera su poder.

54 Y volvió y contó a Juan, en presencia de los hermanos, lo que había hecho. Mas Juan le dijo: El que puso en tu corazón, joven, el matar a tu padre y hacerte adúltero de la mujer de otro hombre, ese mismo te hizo pensar que era obra justa quitarte también los

miembros rebeldes. Pero deberías haber suprimido, no el lugar del pecado, sino el pensamiento que a través de esos miembros se manifestaba dañino: porque no son los instrumentos los que dañan, sino los resortes ocultos por los que toda emoción vergonzosa se agita y sale a la luz. Arrepiéntete, pues, hijo mío, de esta falta, y, habiendo aprendido las artimañas de Satanás, tendrás a Dios para ayudarte en todas las necesidades de tu alma. Y el joven guardó silencio y escuchó, arrepentido de sus pecados anteriores, para obtener el perdón de la bondad de Dios: y no se apartó de Juan.

55 Cuando, pues, estas cosas hubieron sido hechas por él en la ciudad de los efesios, los de Esmirna le enviaron a decir: Oímos que el Dios que predicas no es envidioso, y te ha encargado que no muestres parcialidad permaneciendo en un solo lugar. Ya que, pues, eres predicador de tal Dios, ven a Esmirna

y a las demás ciudades, para que lleguemos a conocer a tu Dios, y, habiéndole conocido, pongamos en él nuestra esperanza.

[Q trae también la historia anterior, y continúa con un episodio que también cita, en forma distinta (y no como procedente de estos Hechos), Juan Casiano. Q lo cuenta así:

Estando Juan sentado un día, una perdiz pasó volando y vino a jugar en el polvo ante él; y Juan la miró y se maravilló. Y llegó cierto sacerdote, que era uno de sus oyentes, y se acercó a Juan y vio a la perdiz jugando en el polvo ante él, y se ofendió en su interior y dijo: ¿Puede un hombre tan grande como este complacerse en una perdiz que juega en el polvo? Mas Juan, percibiendo en espíritu su pensamiento, le dijo: Mejor te sería a ti también, hijo mío, mirar a una perdiz jugando en el polvo, que mancharte con prácticas vergonzosas y profanas: pues el que aguarda la conversión y el arrepentimiento de todos los hombres te ha traído aquí por esta causa: que yo no tengo necesidad de una perdiz que juega en el polvo. Porque la perdiz es tu propia alma.

Entonces el anciano, al oír esto y ver que no estaba oculto, sino que el apóstol de Cristo le había dicho todo cuanto había en su

corazón, cayó de bruces en tierra y clamó en voz alta, diciendo: Ahora sé que Dios habita en ti, oh bienaventurado Juan, pues el que te tienta, tienta a aquel que no puede ser tentado. Y le suplicó que orase por él. Y él le instruyó y le entregó las reglas (cánones) y le dejó ir a su casa, glorificando a Dios, que está sobre todas las cosas.

Casiano, Colación XXIV, 21, lo cuenta así:

Se cuenta que el beatísimo evangelista Juan, mientras acariciaba suavemente una perdiz con sus manos, vio de pronto venir hacia él a uno vestido de cazador. Este se maravilló de que un hombre de tal reputación y fama se rebajara a tan pequeños y humildes entretenimientos, y dijo: ¿Eres tú aquel Juan cuya fama eminente y difundida me ha atraído también a mí con gran deseo de conocerte? ¿Por qué, entonces, te ocupas en tan mezquinos entretenimientos? El bienaventurado Juan le dijo: ¿Qué es eso que traes en las manos? Un arco, dijo él. ¿Y por qué, dijo Juan, no lo llevas siempre tenso? Le respondió: No debo, no sea que, por doblarlo continuamente, se agote la fuerza de su vigor, y se ablande y se pierda, y cuando haya necesidad de disparar las flechas con mucha fuerza contra alguna fiera, perdida la fuerza por exceso de tensión continua, no pueda darse un golpe certero. Así también, dijo el bienaventurado Juan, no te ofenda, joven, este pequeño y breve descanso de mi mente, pues, si no se alivia y relaja alguna vez con cierta distensión, se aflojará por un rigor ininterrumpido y no podrá obedecer al poder del espíritu.

El único punto común de las dos historias es que san Juan se distrae

con una perdiz, y un espectador lo considera indigno de él. Las dos moralejas difieren por completo. La cantidad de texto perdido aquí es de extensión bastante incierta. Debió de referir los sucesos de Esmirna, y también, según parece, de Laodicea (véase el título de la sección siguiente). Uno de los episodios debió de ser la conversión de una mujer de mala vida (véase más abajo, «la ramera que fue casta».)]

Nuestro mejor manuscrito antepone un título a la sección siguiente:

De Laodicea a Éfeso, por segunda vez.

58 Cuando ya había pasado bastante tiempo, y ninguno de los hermanos había sido jamás entristecido por Juan, entonces se entristecieron porque él había dicho: Hermanos, es ya tiempo de que yo vaya a Éfeso (pues así lo he acordado con los que allí habitan), no sea que se aflojen, no teniendo ya desde hace mucho tiempo a nadie que los confirme. Pero todos vosotros debéis tener firme el ánimo hacia Dios, que jamás nos abandona.

Mas cuando oyeron esto de él, los hermanos se lamentaron porque habían de separarse de él. Y Juan dijo: Aunque yo me separe de vosotros, Cristo, sin embargo, está siempre con vosotros: a quien, si le amáis con pureza, tendréis su comunión sin reproche, pues si es amado, él se anticipa (se adelanta) a los que le aman.

59 Y habiendo dicho esto, y despedídose de ellos, y dejado mucho dinero a los hermanos para su reparto, partió hacia Éfeso, mientras todos los hermanos se lamentaban y gemían. Y le acompañaron, de entre los de Éfeso, tanto Andrónico como Drusiana, y Licomedes, y Cleobio, y sus familias. Y le siguió también Aristóbula, que había oído que su esposo Tértulo había muerto en el camino, y Aristipo con Jenofonte, y la ramera que fue casta, y otros muchos, a quienes exhortaba siempre a que se allegasen al Señor, y ya no querían separarse más de él.

60 El primer día llegamos a una posada abandonada, y, como no sabíamos qué hacer para procurar una cama a Juan, presenciábamos algo curioso. Había allí, en algún rincón, un catre sin ropa de cama, sobre el cual extendimos los mantos que llevábamos puestos, y le rogamos que se acostara en él y descansara, mientras los demás dormíamos todos en el suelo. Pero él, al acostarse, se vio molestado por las chinches, y, como estas continuaban siéndole cada vez más molestas, ya hacia la media noche, oyéndolo todos nosotros, les dijo: Yo os digo, oh chinches, comportaos, todas y cada una, y dejad

vuestra morada esta noche, y permaneced quietas en un solo lugar, y manteneos alejadas de los siervos de Dios. Y nosotros nos reímos, y seguimos hablando un rato; y Juan se dispuso a dormir; y nosotros, hablando en voz baja, no le causamos molestia alguna (o bien, gracias a él, no fuimos molestados).

61 Mas, cuando ya amanecía, me levanté yo primero, y conmigo Vero y Andrónico, y vimos junto a la puerta de la casa que habíamos tomado una gran cantidad de chinches detenidas, y mientras nos maravillábamos de tan gran espectáculo, y todos los hermanos

se despertaban a causa de ellas, Juan continuaba durmiendo. Y cuando despertó, le contamos lo que habíamos visto. Y él se incorporó en la cama, las miró y dijo: Ya que os habéis comportado bien, atendiendo a mi reprensión, venid a vuestro lugar. Y, dicho esto, y levantándose de la cama, las chinches, corriendo desde la puerta, se apresuraron hacia la cama y treparon por las patas de ella y desaparecieron en las junturas. Y Juan dijo de nuevo: Esta criatura escuchó la voz de un hombre, y permaneció quieta por sí misma, y no transgredió; mas nosotros, que oímos la voz y los mandamientos de Dios, desobedecemos y somos ligeros de ánimo: ¿y hasta cuándo?

## **DRUSIANA, CALÍMACO Y FORTUNATO**

62 Después de estas cosas llegamos a Éfeso: y los hermanos de allí, que sabían desde hacía mucho tiempo que Juan venía, acudieron corriendo juntos a la casa de Andrónico (donde también él se hospedó), tomándole los pies y poniéndose las manos sobre su propio rostro y besándolas (y muchos se alegraban incluso de tocar su vestidura, y sanaban al tocar las ropas del santo apóstol. Así el latín, que trae esta sección; el griego dice: de modo que hasta tocaban sus vestiduras).

63 Y como había entre los hermanos un amor y un gozo incomparables, cierto hombre, mensajero de Satanás, se enamoró de Drusiana, aunque veía y sabía que era la esposa de Andrónico. A quien muchos decían: No te es posible obtener a esa mujer, pues hace ya mucho tiempo que se ha apartado incluso de su marido por causa de la piedad. ¿Ignoras acaso que Andrónico, no siendo antes lo que ahora es, un hombre temeroso de Dios, la encerró en un sepulcro, diciendo: O te tengo como la esposa que antes tuve, o morirás? Y ella prefirió morir antes que cometer aquella infamia. Si, pues, ella no quiso, por causa de la piedad, cohabitar con su señor y marido, sino que además le persuadió de ser de su mismo parecer, ¿consentirá contigo, que desees ser su seductor? Apártate de esta locura que no tiene reposo en ti: desiste de esta obra que no podrás llevar a cabo.

64 Pero sus amigos íntimos, aunque le decían estas cosas, no lograron convencerlo, sino que con desvergüenza la cortejó con mensajes; y †cuando conoció los ultrajes y afrentas que ella le

devolvía, pasó su vida en la melancolía† (o mejor: ella, al conocer esta afrenta e injuria de su mano, pasó su vida en aflicción). Y a los dos días Drusiana cayó en cama a causa de la aflicción, y tuvo fiebre, y dijo: ¡Ojalá no hubiera vuelto ahora a mi tierra natal, yo que me he convertido en ocasión de tropiezo para un hombre ignorante de la piedad! Porque si fuera uno lleno de la palabra de Dios, no habría llegado a tal extremo de locura. Mas ahora, Señor, ya que me he convertido en ocasión de golpe para un alma falta de conocimiento, líbrame de esta cadena y llévame pronto a ti. Y en presencia de Juan, que no sabía nada en absoluto de este asunto,

Drusiana partió de esta vida no del todo dichosa, antes bien turbada a causa del daño espiritual de aquel hombre.

65 Mas Andrónico, afligido de una pena secreta, se lamentaba en su alma y lloraba abiertamente, de modo que Juan le reprendía a menudo y le decía: Hacia una esperanza mejor se ha apartado Drusiana de esta vida injusta. Y Andrónico le respondió: Sí, de ello estoy persuadido, oh Juan, y no dudo en absoluto en cuanto a la confianza en mi Dios; pero esto sí sostengo con firmeza: que partió de esta vida pura.

66 Y cuando ella fue sacada a enterrar, Juan tomó a Andrónico de la mano, y ahora que conocía la causa, se lamentaba más que Andrónico. Y guardó silencio, considerando la provocación del adversario, y por un espacio permaneció quieto. Luego, estando los hermanos allí reunidos para oír qué palabra diría acerca de la que había partido, comenzó a decir:

67 Cuando el piloto que navega, junto con los que navegan con él, y la nave misma, llega a un puerto en calma y sin tempestad, entonces que diga que está a salvo. Y el labrador que ha confiado la semilla a la tierra, y ha trabajado mucho en su cuidado y protección, que tome entonces descanso de sus fatigas, cuando recoja la semilla con multiplicado aumento en sus graneros. El que emprende correr en la carrera, que se regocije entonces cuando lleve a casa el premio. El que inscribe su nombre para el pugilato, que se gloríe entonces cuando reciba las coronas: y así sucesivamente ocurre con

todos los certámenes y oficios, cuando no fallan al final, †sino que se muestran semejantes a lo que prometían† (corrupto).

68 Y así pienso yo que es también con la fe que cada uno de nosotros practica: que entonces se discierne si es verdaderamente auténtica, cuando persevera igual a sí misma hasta el fin de la vida. Porque muchos obstáculos se cruzan en el camino, y preparan turbación para las mentes de los hombres: el cuidado, los hijos, los padres, la gloria, la pobreza, la adulación, la flor de la edad, la belleza, la vanagloria, la lujuria, la riqueza, la ira, la exaltación, la negligencia, la envidia, los celos, el descuido, el temor, la insolencia, el amor, el engaño, el dinero, el fingimiento, y otros obstáculos semejantes, tantos cuantos hay en esta vida: como también al piloto que navega con rumbo próspero se le oponen el embate de vientos contrarios y una gran tempestad y olas poderosas surgidas de la calma, y al labrador el invierno intempestivo y el tizón y los reptiles que suben de la tierra, y los que compiten en los juegos «apenas no vencen», y a los que ejercen oficios les estorban las diversas dificultades de estos.

69 Pero ante todo es necesario que el creyente mire de antemano a su final y comprenda de qué manera le sobrevendrá, si será vigoroso y sobrio y sin ningún obstáculo, o turbado y apegado a las cosas de aquí, y sujeto por los deseos. Así es justo que un cuerpo sea alabado como hermoso cuando está del todo desnudo, y un general como grande cuando ha cumplido toda promesa de la guerra, y un médico como excelente cuando ha logrado éxito en toda cura, y un alma como llena de fe y digna (o receptiva) de Dios cuando ha pagado su promesa por entero: no aquella alma que comenzó bien y se disolvió en todas las cosas de esta vida y decayó, ni la que queda entumecida, habiendo hecho un esfuerzo por alcanzar cosas mejores, y luego es arrastrada hacia las cosas temporales, ni la que ha anhelado las cosas del tiempo más que las de la eternidad, ni la que trueca <las cosas perdurables> por las que no perduran, ni la que ha honrado las obras de deshonor que merecen vergüenza, ni la que toma prendas de Satanás, ni la que ha recibido a la serpiente en su propia casa, ni la que sufre oprobio por

causa de Dios y luego [no] se avergüenza, ni la que con la boca dice sí, pero en realidad no se aprueba a sí misma: sino aquella que ha prevalecido en no dejarse debilitar por el placer inmundo, en no ser vencida por la ligereza de ánimo, en no ser atrapada por el cebo del amor al dinero, en no ser traicionada por el vigor del cuerpo o por la ira.

70 Y mientras Juan seguía discurriendo aún más ante los hermanos para que despreciasen las cosas temporales en comparación con las eternas, aquel que se había enamorado de Drusiana, inflamado de una horrible lujuria y poseído por el multiforme Satanás, sobornó con una gran suma al mayordomo de Andrónico, que era amigo del dinero: y este abrió el sepulcro y le dio ocasión de perpetrar sobre el cuerpo muerto la cosa prohibida. No habiendo logrado nada de ella en vida, seguía siendo importuno con su cuerpo tras su muerte, y decía: Si no quisiste tener trato conmigo mientras vivías, ultrajaré tu cadáver ahora que estás muerta. Con este propósito, y habiéndose procurado el acto malvado por medio del abominable mayordomo, corrió con él al sepulcro; abrieron la puerta y comenzaron a despojar las vestiduras fúnebres del cadáver, diciendo: ¿De qué te aprovecha esto, pobre Drusiana? ¿No pudiste haberlo hecho en vida, lo cual quizá no te hubiera apenado, si lo hubieras hecho de buen grado?

71 Y mientras estos hombres hablaban así, y solo la túnica acostumbrada quedaba ya sobre su cuerpo, se vio un extraño espectáculo, cual merecen padecer los que hacen tales obras. Una serpiente apareció de algún lugar y asestó al mayordomo un solo mordisco y lo mató: pero al joven no lo golpeó; sino que se enroscó en torno a sus pies, silbando terriblemente, y cuando él cayó, se encaramó sobre su cuerpo y se sentó sobre él.

72 Al día siguiente, Juan vino, acompañado de Andrónico y de los hermanos, al sepulcro al amanecer, siendo ya el tercer día desde la muerte de Drusiana, para que partiésemos allí el pan. Y primero, al ponerse en camino, se buscaron las llaves y no pudieron hallarse; pero Juan dijo a Andrónico: Es del todo justo que se hayan perdido,

pues Drusiana no está en el sepulcro; sin embargo, vayamos, para que no seas

negligente, y las puertas se abrirán por sí mismas, así como el Señor ha hecho por nosotros muchas cosas semejantes.

73 Y cuando estuvimos en el lugar, por mandato del maestro, las puertas se abrieron, y vimos junto a la tumba de Drusiana a un hermoso joven, sonriente: y Juan, al verlo, exclamó y dijo: ¿También tú has venido aquí antes que nosotros, hermoso? ¿Y por qué causa? Y oímos una voz que le decía: Por causa de Drusiana, a quien has de resucitar —pues estuve a punto de hallarla <deshonrada>— y por causa de aquel que yace muerto junto a su tumba. Y cuando el hermoso hubo dicho esto a Juan, subió a los cielos a la vista de todos nosotros. Y Juan, volviéndose hacia el otro lado del sepulcro, vio a un joven —el mismo Calímaco, uno de los principales de los efesios— y una enorme serpiente dormida sobre él, y al mayordomo de Andrónico, de nombre Fortunato, yaciendo muerto. Y a la vista de los dos quedó perplejo, y dijo a los hermanos: ¿Qué significa tal espectáculo? ¿O por qué no me ha declarado el Señor lo que aquí se hizo, él que nunca me ha desatendido?

74 Y Andrónico, al ver aquellos cadáveres, se levantó de un salto y fue a la tumba de Drusiana, y al verla tendida solo con su túnica, dijo a Juan: Comprendo lo que ha sucedido, tú, bienaventurado siervo de Dios, Juan. Este Calímaco estaba enamorado de mi hermana; y como nunca la consiguió, aunque lo intentó muchas veces, sobornó con una gran suma a este mi maldito mayordomo, tramando quizá, como ahora podemos ver, cumplir por su medio la tragedia de su conjura, pues en verdad Calímaco declaró esto a muchos, diciendo: Si ella no consiente conmigo en vida, será ultrajada en la muerte. Y puede ser, maestro, que el hermoso lo supiera y no permitiera que su cuerpo fuese insultado, y por eso han muerto estos que intentaron tal cosa. ¿Y podrá ser que la voz que te dijo: «Resucita a Drusiana», presagiara esto? Porque ella partió de esta vida con pesar de ánimo. Pero creo a quien dijo que este es uno de los hombres que se han extraviado; pues se te mandó

resucitarlo: en cuanto al otro, sé que es indigno de la salvación. Mas una sola cosa te ruego: resucita primero a Calímaco, y él nos confesará lo que ha acontecido.

75 Y Juan, mirando el cuerpo, dijo a la bestia venenosa: Apártate de aquel que ha de ser siervo de Jesucristo; y se puso en pie y oró sobre él así: Oh Dios, cuyo nombre es glorificado por nosotros, como es justo: oh Dios, que sometes toda fuerza dañina: oh Dios, cuya voluntad se cumple, que siempre nos escuchas: concédase ahora también tu don en este joven; y si hay alguna dispensación que haya de obrarse por medio de él, manifiéstanosla cuando sea resucitado. Y al instante el joven se levantó, y por una hora entera guardó silencio.

76 Pero cuando volvió en sí, Juan le preguntó acerca de su entrada en el sepulcro, qué significaba aquello, y al saber por él lo que Andrónico le había contado, a saber, que estaba enamorado de Drusiana, Juan le preguntó de nuevo si había cumplido su vil propósito, insultar un cuerpo lleno de santidad. Y él le respondió: ¿Cómo hubiera podido lograrlo, cuando esta terrible bestia abatió a Fortunato de un golpe ante mis ojos? Y con razón, pues él alentaba mi frenesí, cuando yo ya estaba curado de aquella insensata y horrible locura: pero a mí me detuvo con espanto, y me trajo a aquel estado en que me visteis antes de que me levantara. Y otra cosa aún más maravillosa te contaré, que estuvo a punto de matarme y por poco me convirtió en cadáver. Cuando mi alma estaba agitada por la locura y me turbaba el mal incontrolable, y ya había arrancado las vestiduras fúnebres con que ella estaba vestida, y había salido ya de la tumba y las había puesto como ves, volví de nuevo a mi obra impía: y vi a un hermoso joven que la cubría con su manto, y de sus ojos salían chispas de luz hacia los ojos de ella; y me dirigió palabras, diciendo: Calímaco, muere para que vivas. Ahora bien, quién era yo no lo sabía, oh siervo de Dios; pero ahora que tú has aparecido aquí, reconozco que era un ángel de Dios, esto lo sé bien; y esto sé de verdad, que es un Dios verdadero el que tú proclamas, y de ello estoy persuadido. Pero te suplico que no tardes en librarme de esta calamidad y de este espantoso crimen, y en presentarme a

tu Dios como a un hombre engañado por un vergonzoso y vil engaño. Suplicándote, pues, tu ayuda, me postro a tus pies. Quisiera hacerme uno de los que esperan en Cristo, para que se demuestre verdadera la voz que me dijo: «Muere para que vivas»: y aquella voz ha cumplido también su efecto, pues ha muerto aquel infiel, desordenado, impío, y yo he sido resucitado por ti, yo que seré fiel, temeroso de Dios, conocedor de la verdad, la cual te ruego que me sea mostrada por ti.

77 Y Juan, lleno de gran alegría y percibiendo todo el espectáculo de la salvación del hombre, dijo: Cuál sea tu poder, Señor Jesucristo, no lo sé, asombrado como estoy ante tu gran compasión y tu infinita paciencia. ¡Oh, qué grandeza la que descendió a la servidumbre! ¡Oh libertad indecible traída a esclavitud por nosotros! ¡Oh gloria incomprensible que ha venido a nosotros! Tú que has guardado el tabernáculo muerto a salvo del insulto; que has redimido al hombre que se manchó de sangre y has castigado el alma del que quiso profanar el cuerpo corruptible; Padre que has tenido piedad y compasión del hombre que no se cuidó de ti; te glorificamos, y alabamos y bendecimos y damos gracias a tu gran bondad y paciencia, oh santo Jesús, porque tú solo eres Dios, y ningún otro: tuyo es el poder contra el cual no puede haber conjura, ahora y por los siglos de los siglos. Amén.

78 Y cuando hubo dicho esto, Juan tomó a Calímaco y lo saludó (besándolo), diciendo: Gloria sea a nuestro Dios, hijo mío, que ha tenido misericordia de ti, y me ha hecho digno de glorificar su poder, y a ti también, por buen camino, de apartarte de aquella tu abominable locura y embriaguez, y te ha llamado a su propio reposo y a la renovación de la vida.

79 Pero Andrónico, viendo resucitado al que había estado muerto, Calímaco, suplicó a Juan, junto con los hermanos, que resucitara también a Drusiana, diciendo: Oh Juan, que Drusiana se levante y pase dichosa ese corto espacio (de vida) que renunció por el pesar que le causó Calímaco, cuando pensó que se había convertido en piedra de tropiezo para él: y cuando el Señor quiera, la tomará de

nuevo consigo. Y Juan, sin demora, fue a su tumba y tomó su mano y dijo: A ti que eres el único Dios invoco, el más que grande, el inefable, el incomprensible: a quien toda potestad de principados está sometida: ante quien toda autoridad se inclina: delante de quien toda soberbia cae y guarda silencio: a quien los demonios, al oír, tiemblan: a quien toda la creación, al percibir, guarda sus límites. Sea glorificado tu nombre por nosotros, y resucita a Drusiana, para que Calímaco sea aún más confirmado en ti, que dispensas lo que para los hombres es sin camino e imposible, pero para ti solo posible, a saber, la salvación y la resurrección: y que Drusiana salga ahora en paz, sin tener a su alrededor el más mínimo obstáculo — ahora que el joven se ha vuelto a ti— en su camino hacia ti.

80 Y tras estas palabras, Juan dijo a Drusiana: Drusiana, levántate. Y ella se levantó y salió de la tumba; y cuando se vio vestida solo con su túnica, quedó perpleja ante aquello, y supo todo con exactitud por boca de Andrónico, mientras Juan yacía rostro en tierra, y Calímaco, con voz y lágrimas, glorificaba a Dios, y ella también se alegraba, glorificándolo del mismo modo.

81 Y cuando ella se hubo vestido, se volvió y vio a Fortunato tendido, y dijo a Juan: Padre, que este hombre también resucite, aunque intentó convertirse en mi traidor. Pero Calímaco, al oírla decir esto, dijo: No lo hagas, te lo suplico, Drusiana, pues la voz que yo oí no se ocupó de él, sino que habló solo de ti, y yo vi y creí: porque si él hubiera sido bueno, quizá Dios habría tenido también misericordia de él y lo habría resucitado por medio del bienaventurado Juan: †se sabía†, por tanto, que aquel hombre había llegado a mal fin [lat. juzgó digno de morir a quien no declaró digno de resucitar]. Y Juan le dijo: No hemos aprendido, hijo mío, a devolver mal por mal: porque Dios, aunque le hemos hecho mucho mal y ningún bien, no nos ha dado el castigo merecido, sino el arrepentimiento, y aunque ignorábamos su nombre no nos desatendió, sino que tuvo misericordia de nosotros, y cuando blasfemamos de él, no nos castigó, sino que se compadeció de nosotros,

y cuando no creímos en él no nos guardó rencor, y cuando perseguimos a sus hermanos no nos retribuyó con mal, sino que puso en nuestras mentes el arrepentimiento y la abstinencia del mal, y nos exhortó a venir a él, como también lo ha hecho contigo, hijo mío Calímaco, y sin recordar tu mal anterior te ha hecho su siervo, en espera de su misericordia. Por lo cual, si tú no me permites resucitar a Fortunato, que lo haga entonces Drusiana.

82 Y ella, sin demora, fue con alegría de espíritu y de alma hasta el cuerpo de Fortunato, y dijo: Jesucristo, Dios de los siglos, Dios de verdad, que me has concedido ver maravillas y señales, y me has dado ser partícipe de tu nombre; que te infundiste en mí con tu multiforme semblante, y tuviste misericordia de mí de muchas maneras; que me protegiste con tu gran bondad cuando era oprimida por Andrónico, que en otro tiempo fue mi marido; que me diste a tu siervo Andrónico para que fuese mi hermano; que has guardado pura hasta hoy a mí, tu sierva; que me resucitaste por medio de tu siervo Juan, y cuando fui resucitada me mostraste a aquel que había tropezado libre ya de tropiezo; que me has dado perfecto reposo en ti, y me has aliviado de la locura secreta; a quien he amado y querido: te ruego, oh Cristo, que no rechaces a tu Drusiana, que te pide resucitar a Fortunato, aunque intentó convertirse en mi traidor.

83 Y tomando la mano del muerto dijo: Levántate, Fortunato, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Y Fortunato se levantó, y cuando vio a Juan en el sepulcro, y a Andrónico, y a Drusiana resucitada de entre los muertos, y a Calímaco convertido en creyente, y al resto de los hermanos glorificando a Dios, dijo: ¡Oh, a qué han llegado los poderes de estos hombres astutos! Yo no quería ser resucitado, sino morir antes que verlos. Y dicho esto, huyó y salió del sepulcro.

84 Y Juan, viendo el ánimo (alma) inmutable de Fortunato, dijo: ¡Oh naturaleza que no cambia para mejor! ¡Oh fuente del alma que permanece en la inmundicia! ¡Oh esencia de corrupción llena de tinieblas! ¡Oh muerte que te regocijas en los tuyos! ¡Oh árbol estéril

lleno de fuego! ¡Oh árbol que das ascuas por fruto! ¡Oh materia que moras con la locura de la materia (al. oh madera de árboles llena de brotes malsanos) y vecina de la incredulidad! Has demostrado quién eres, y siempre eres convicta, con tus hijos. Y no sabes alabar las cosas mejores: porque no las tienes. Por tanto, cual es tu camino (¿o fruto?), tal es también tu raíz y tu naturaleza. Sé destruida de entre los que confían en el Señor: de sus pensamientos, de su mente, de sus almas, de sus cuerpos, de sus obras, de su vida, de su conversación, de sus †negocios†, de sus ocupaciones, de su consejo, de la resurrección hacia (o el reposo en) Dios, de su dulce fragancia, de su baño santo, de la eucaristía, del alimento de la carne, de la bebida, del vestido, del amor, del cuidado, de la abstinencia, de la justicia: de todas estas cosas, tú, Satanás el más impío, enemigo de Dios, te hará perecer Jesucristo nuestro Dios y <el juez> de todos los que son semejantes a ti y tienen tu carácter.

## LA ÚLTIMA PREDICACIÓN

85 Y habiendo dicho así, Juan oró, y tomó pan y lo llevó al sepulcro para partirlo; y dijo: Glorificamos tu nombre, que nos convierte del error y del engaño despiadado: te glorificamos a ti, que has mostrado ante nuestros ojos aquello que hemos visto: damos testimonio de tu misericordia, que se manifiesta de diversas maneras: alabamos tu nombre misericordioso, oh Señor (te damos gracias), que has convencido a los que son convencidos de ti: te damos gracias, oh Señor Jesucristo, porque estamos persuadidos de tu <gracia>, que es inmutable: te damos gracias a ti, que tuviste necesidad de nuestra naturaleza para que fuera salvada: te damos gracias a ti, que nos has dado esta <fe> segura, pues tú eres <Dios> único, ahora y siempre. Nosotros, tus siervos, te damos gracias, oh santo, que estamos reunidos con <buenas> intenciones y congregados fuera del mundo (o resucitados de entre los muertos).

86 Y habiendo orado así y dado gloria a Dios, salió del sepulcro después de repartir a todos los hermanos de la eucaristía del Señor. Y cuando llegó a casa de Andrónico, dijo a los hermanos: Hermanos, un espíritu dentro de mí ha adivinado que Fortunato está a punto de morir de negrura (envenenamiento de la sangre) por la mordedura de la serpiente; pero que alguien vaya deprisa y averigüe si es así en verdad. Y uno de los jóvenes corrió y lo encontró muerto, con la negrura extendiéndose por él, y ya había alcanzado su corazón: y vino y dijo a Juan que llevaba tres horas muerto. Y Juan dijo: Tienes a tu hijo, oh diablo.

4 «Juan, pues, permanecía con los hermanos, gozándose en el Señor.» Esta frase se halla en el mejor manuscrito. En la edición de Bonnet introduce la última sección de los Hechos, que sigue inmediatamente en el manuscrito. Puede pertenecer a cualquiera de los dos episodios. El latín dice: Y aquel día lo pasó con alegría junto a los hermanos.

No puede haber mucho hueco entre esta sección y la siguiente, que es quizá la más interesante de los Hechos.

La mayor parte de este episodio se conserva solamente en un manuscrito vienés del siglo XIV muy corrupto. Dos pasajes importantes (93-95 [parcial] y 97-98 [parcial]) fueron leídos en el Segundo Concilio de Nicea y se conservan en las Actas de este: unas pocas líneas del Himno son citadas también en latín por Agustín (Ep. 237 [253] a Ceretio), quien la halló en circulación por separado entre los priscilianistas. Todo el discurso es la mejor exposición popular que poseemos de la concepción docética de la persona de nuestro Señor.

87 Los que estaban presentes preguntaron la causa, y estaban se me apareció en el sepulcro con el aspecto de Juan, y también con el de un joven. Por cuanto, pues, estaban perplejos y no estaban, en cierto modo, todavía afirmados en la fe, de manera que pudieran soportarlo con firmeza, Juan dijo (o: Juan, soportándolo con paciencia, dijo):

88 Varones y hermanos, no habéis padecido nada extraño ni increíble en cuanto a vuestra percepción del <Señor>, puesto que también nosotros, a quienes él escogió para sí como apóstoles, fuimos probados de muchas maneras: yo, en verdad, no soy capaz ni de exponeros ni de escribir las cosas que vi y oí: y ahora es necesario que las adapte a vuestro oído; y según cada uno de vosotros sea capaz de contenerlo, os comunicaré aquellas cosas de las que podáis ser oyentes, para que veáis la gloria que hay en torno a él, la cual era y es, ahora y por siempre.

Pues, cuando hubo escogido a Pedro y a Andrés, que eran hermanos, viene a mí y a Santiago, mi hermano, diciendo: Tengo necesidad de vosotros, venid a mí. Y mi hermano, oyendo esto, dijo: Juan, ¿qué querrá este niño que está en la orilla del mar y nos ha llamado? Y yo dije: ¿Qué niño? Y él me dijo de nuevo: El que nos hace señas. Y yo respondí: A causa de la larga vigilia que hemos mantenido en el mar, no ves bien, hermano mío Santiago; pero ¿no ves tú al hombre que está allí, hermoso y apuesto y de rostro alegre? Pero él me dijo: A ese no lo veo, hermano; mas vayamos y veremos qué es lo que quiere.

89 Y así, cuando hubimos llevado la barca a tierra, lo vimos también ayudándonos a asegurar la barca: y cuando nos alejamos de aquel lugar, dispuestos a seguirle, de nuevo se me apareció con <la cabeza> más bien calva, pero la barba espesa y abundante; mas a Santiago le pareció un joven cuya barba apenas apuntaba. Estábamos, pues, perplejos ambos, sobre qué podría significar lo que habíamos visto. Y después de esto, mientras le seguíamos, los dos quedamos poco a poco <aún más> perplejos al considerar el asunto. Sin embargo, a mí entonces se me manifestó esto, aún más maravilloso: pues yo trataba de verle a escondidas, y jamás en ningún momento vi sus ojos cerrarse (parpadear), sino siempre abiertos. Y muchas veces se me aparecía como un hombre pequeño y sin belleza, y <sup>†</sup>otras veces<sup>†</sup> como alguien que llegaba hasta el cielo. También había en él otra maravilla: cuando yo me sentaba a la mesa, él me tomaba sobre su propio pecho; y a veces sentía yo su pecho suave y tierno, y a veces duro como piedras, de modo que yo estaba perplejo en mí mismo y decía: ¿Por qué me sucede esto? Y mientras yo consideraba esto, él...

90 Y en otra ocasión toma consigo a mí, a Santiago y a Pedro, al monte donde solía orar, y

De nuevo, del mismo modo, nos lleva a los tres al monte, diciendo: Venid conmigo. Y fuimos de nuevo: y le vimos orando a cierta distancia. Yo, pues, porque él me amaba, me acerqué a él suavemente, como si no pudiera verme, y me quedé mirando su

espalda: y vi que no llevaba en modo alguno vestiduras, sino que se nos mostraba desnudo, y de ningún modo como un hombre; y que sus pies eran más blancos que cualquier nieve, de tal modo que la tierra allí quedaba iluminada por sus pies, y que su cabeza tocaba el cielo: de modo que tuve miedo y grité, y él, volviéndose, apareció como un hombre de pequeña estatura, y me agarró la barba y tiró de ella, y me dijo: Juan, no seas incrédulo, sino creyente, y no curioso. Y yo le dije: Pero ¿qué he hecho, Señor? Y os digo, hermanos, que sufrí tan gran dolor en aquel lugar donde me agarró la barba, durante treinta días, que le dije: Señor, si tu tirón, cuando estabas jugando, me ha causado tan gran dolor, ¿qué sería si me hubieras dado un golpe? Y él me dijo: Que sea tuyo, de aquí en adelante, no tentar a aquel que no puede ser tentado.

91 Pero Pedro y Santiago se enojaron porque yo hablaba con el Señor, y me hicieron señas de que viniera hacia ellos y dejara solo al Señor. Y fui, y ambos me dijeron: Aquel (el anciano) que hablaba con el Señor en la cumbre del monte, ¿quién era? Pues oímos hablar a los dos. Y yo, teniendo presente su gran gracia, y su unidad, que tiene muchos rostros, y su sabiduría, que sin cesar nos mira, dije: Eso lo sabréis si se lo preguntáis a él.

92 Otra vez, una noche en que todos nosotros, sus discípulos, estábamos en Genesaret durmiendo en una sola casa, yo solo, habiéndome envuelto en mi manto, observaba (o: observaba por debajo de mi manto) lo que él haría: y primero le oí decir: Juan, duérmete tú. Y yo, fingiendo entonces dormir, vi a otro semejante a él [durmiendo], al que también oí decir a mi Señor: Jesús, aquellos a quienes has escogido todavía no creen en ti (¿o acaso no creen aún, etc.?). Y mi Señor le dijo: Bien dices: porque son hombres.

93 Otra gloria también os contaré, hermanos: a veces, cuando yo quería asirle, encontraba un cuerpo material y sólido, y otras veces, en cambio, cuando le palpaba, la sustancia era inmaterial y como si no existiera en absoluto. Y si alguna vez era invitado por alguno de los fariseos y acudía a la invitación, íbamos con él, y ante cada uno de nosotros ponían un pan los que nos habían invitado, y con

nosotros él también recibía uno; y el suyo lo bendecía y lo repartía entre nosotros: y con aquel poco quedaba saciado cada uno, y nuestros propios panes quedaban intactos, de modo que aquellos que le habían invitado quedaban asombrados.

a él como levantándose de la tierra: y yo nunca lo vi. Y estas cosas os digo, hermanos, para aliento de vuestra fe hacia él; porque por ahora debemos guardar silencio acerca de sus obras poderosas y maravillosas, por cuanto son indecibles y, quizá, no pueden en absoluto ni ser dichas ni oídas.

## EL HIMNO DE JESÚS

94 Ahora bien, antes de que fuera prendido por los judíos inicuos, †que también se regían por (tenían su ley de) la serpiente inicua†, nos reunió a todos y dijo: Antes de que sea entregado a ellos, cantemos un himno al Padre, y así salgamos hacia lo que tenemos por delante. Nos mandó, pues, formar como un corro, tomándonos de las manos unos a otros, y él, de pie en medio, dijo: Respondedme Amén. Comenzó, entonces, a cantar un himno y a decir:

Gloria a ti, Padre.

Y nosotros, andando en corro, le respondimos: Amén.

Gloria a ti, Verbo: Gloria a ti, Gracia. Amén.

Gloria a ti, Espíritu: Gloria a ti, Santo:

Gloria a tu gloria. Amén.

Te alabamos, oh Padre; te damos gracias, oh Luz, en quien no mora la tiniebla. Amén.

95 Ahora bien, por cuanto (o por lo cual) damos gracias, digo yo:

Quiero ser salvado, y quiero salvar. Amén.

Quiero ser desatado, y quiero desatar. Amén.

Quiero ser herido, y quiero herir. Amén.

Quiero nacer, y quiero dar a luz. Amén.

Quiero comer, y quiero ser comido. Amén.

Quiero oír, y quiero ser oído. Amén.

Quiero ser pensado, siendo yo enteramente pensamiento. Amén.

Quiero ser lavado, y quiero lavar. Amén.

La Gracia danza. Quiero tocar la flauta; danzad todos. Amén.

Quiero llorar: lamentaos todos. Amén.

El número Ocho (lit. una ogdóada) canta alabanzas con nosotros. Amén.

El número Doce danza en las alturas. Amén.

El Todo en lo alto toma parte en nuestra danza. Amén.

Quien no danza, no sabe lo que acontece. Amén.

Quiero huir, y quiero quedarme. Amén.

Quiero adornar, y quiero ser adornado. Amén.

Quiero ser unido, y quiero unir. Amén.

Casa no tengo, y tengo casas. Amén.

Lugar no tengo, y tengo lugares. Amén.

Templo no tengo, y tengo templos. Amén.

Lámpara soy para ti que me contemplas. Amén.

Espejo soy para ti que me percibes. Amén.

Puerta soy para ti que llamas a mí. Amén.

Camino soy para ti, caminante. <Amén>.

96 Ahora responde tú (o: como tú respondes) a mi danza.

Contéplate en mí, que hablo, y, viendo lo que hago, guarda silencio sobre mis misterios.

Tú que danzas, percibe lo que hago, porque tuya es esta pasión de la humanidad que estoy a punto de padecer. Porque de ningún modo habrías podido entender lo que padeces si yo no hubiera sido

enviado a ti como el Verbo del Padre. Tú que viste lo que padezco me viste como padeciendo, y al verlo no permaneciste firme, sino que fuiste enteramente conmovido, †conmovido para hacer sabiduría†. Me tienes como lecho, descansa sobre mí. Quién soy, lo sabrás cuando parta. Lo que ahora parezco ser, eso no soy. Lo verás cuando vengas. Si hubieras sabido padecer, habrías podido no padecer. Aprende tú a padecer, y podrás no padecer. Lo que no sabes, yo mismo te lo enseñaré. Tu Dios soy, no el Dios del traidor. Quiero guardar la armonía con las almas santas. En mí conoce tú la palabra de la sabiduría. Otra vez di conmigo: Gloria a ti, Padre; gloria a ti, Verbo; gloria a ti, Espíritu Santo. †Y si quisieras saber acerca de mí, lo que yo era, sabe que† con una palabra engañé todas las cosas, y no fui engañado en nada. He saltado: pero entiende tú el todo, y, habiéndolo entendido, di: Gloria a ti, Padre. Amén.

## EL MISTERIO DE LA CRUZ

97 Así, amados míos, habiendo danzado con nosotros, el Señor salió. Y nosotros, como hombres extraviados o aturdidos de sueño, huimos de aquí para allá. Yo, entonces, cuando le vi padecer, ni siquiera permanecí junto a su padecimiento, sino que huí al monte de los Olivos, llorando por lo que había acontecido. Y cuando fue crucificado el viernes, a la hora sexta del día, vinieron tinieblas sobre toda la tierra. Y mi Señor, de pie en medio de la cueva y alumbrándola, dijo: Juan, para la multitud de abajo, en Jerusalén, estoy siendo crucificado y traspasado con lanzas y cañas, y se me da a beber hiel y vinagre. Pero a ti te hablo, y lo que hablo, óyelo tú. Puse en tu ánimo que subieras a este monte, para que oyeras las cosas que conviene que un discípulo aprenda de su maestro, y un hombre de su Dios.

98 Y habiendo hablado así, me mostró una cruz de luz erigida (levantada), y en torno a la cruz una gran multitud, †que no tenía una sola forma: y en ella (la cruz) había una forma y una semejanza† [así el MS.; yo leería: y en ella había una forma y una semejanza: y en la cruz, otra multitud, que no tenía una sola forma]. Y al Señor mismo lo contemplé por encima de la cruz, sin figura alguna, sino solo una voz: y una voz no como la que nos era familiar, sino una dulce y bondadosa y verdaderamente de Dios, que me decía: Juan, es necesario que uno oiga estas cosas de mí, porque tengo necesidad de alguien que oiga. Esta cruz de luz es llamada por mí, por vuestra causa, unas veces la (o una) palabra, otras veces mente, otras veces Jesús, otras veces Cristo, otras veces puerta,

otras veces camino, otras veces pan, otras veces semilla, otras veces resurrección, otras veces Hijo, otras veces Padre, otras veces Espíritu, otras veces vida, otras veces verdad, otras veces fe, otras veces gracia. Y por estos nombres es llamada en relación con los hombres: pero lo que es en verdad, concebida en sí misma y hablada a vosotros (MS. «a nosotros»), es la delimitación de todas las cosas, y el firme alzamiento de las cosas fijas desde las cosas inestables, y la armonía de la sabiduría, y en verdad la sabiduría en armonía [esta última cláusula en el MS. va unida a la siguiente: «y siendo sabiduría en armonía»]. Hay <lugares> de la derecha y de la izquierda, también potestades, autoridades, señoríos y demonios, obras, amenazas, iras, diablos, Satanás, y la raíz inferior de donde procedió la naturaleza de las cosas que llegan a ser.

99 Esta cruz, pues, es la que separó todas las cosas (al. unió todas las cosas a sí misma) por la (o una) palabra, y apartó las cosas que son de las que están por debajo (lit. las cosas desde el nacimiento y por debajo de él), y luego también, siendo una, se derramó en todas las cosas (o, hizo fluir todo. Yo sugeriría: compactó todo en <uno>). Pero esta no es la cruz de madera que verás cuando bajes de aquí; ni soy yo el que está en la cruz, a quien ahora no ves, sino que solo oyes su (o una) voz. Fui tenido por lo que no soy, no siendo lo que era para muchos otros: pero me llamarán (dirán de mí) alguna otra cosa vil e indigna de mí. Así pues, como el lugar del reposo ni se ve ni se dice, mucho más yo, el Señor de él, no seré ni visto <ni dicho>.

100 Ahora bien, la multitud de un solo aspecto (al. <no> de un solo aspecto) que está en torno a la cruz es la naturaleza inferior: y aquellos que ves en la cruz, si no tienen una sola forma, es porque todavía no ha sido comprendido cada miembro de aquel que descendió. Pero cuando la naturaleza humana (o la naturaleza superior) sea asumida, y la estirpe que se acerca a mí y obedece mi voz, aquel que ahora me oye será unido con ella, y ya no será lo que ahora es, sino que estará por encima de ellos, como yo también estoy ahora. Porque mientras tú no te llames mío, no soy yo lo que soy (o era): pero si me oyes, tú, oyendo, serás como yo soy, y yo

seré lo que era, cuando te <tenga> a ti como yo estoy conmigo mismo. Porque de mí eres tú eso (que yo soy). No te cuides, pues, de los muchos, y desprecia a los que están fuera del misterio; porque sabe tú que yo estoy enteramente con el Padre, y el Padre conmigo.

101 Nada, pues, de las cosas que dirán de mí he padecido: antes bien, quiero que también aquel padecimiento que te mostré a ti y a los demás en la danza sea llamado un misterio. Porque lo que tú eres, lo ves, pues te lo mostré; pero lo que yo soy, solo yo lo sé, y ningún otro hombre. Permíteme, pues, guardar lo que es mío, y contempla tú, a través de mí, lo que es tuyo, y contéplame a mí en verdad, que soy, no lo que dije, sino lo que tú eres capaz de conocer, porque eres afín a ello. Oyes que padecí, y sin embargo no padecí; que no padecí, y sin embargo padecí; que fui traspasado, y sin embargo no fui herido; colgado, y no fui colgado; que de mí manó sangre, y no manó; y, en una palabra, lo que dicen de mí, eso no me aconteció, pero lo que no dicen, eso sí lo padecí. Ahora bien, qué son esas cosas te lo doy a entender, porque sé que lo comprenderás. Percibe tú, pues, en mí la alabanza (al. matanza, al. reposo) del (o un) Verbo (Logos), el traspasamiento del Verbo, la sangre del Verbo, la herida del Verbo, el colgamiento del Verbo, el padecimiento del Verbo, la clavazón (fijación) del Verbo, la muerte del Verbo. Y así hablo yo, separando la humanidad. Percibe tú, pues, en primer lugar al Verbo; luego percibirás al Señor, y en tercer lugar al hombre, y lo que él ha padecido.

102 Cuando me hubo dicho estas cosas, y otras que no sé decir como él querría, fue elevado, sin que ninguno de la multitud lo hubiera visto. Y cuando bajé, me burlé de todos ellos, puesto que él me había dicho las cosas que decían acerca de él; reteniendo firmemente en mí esto solo: que el Señor dispuso todas las cosas simbólicamente y por una economía hacia los hombres, para su conversión y salvación.

103 Habiendo, pues, contemplado, hermanos, la gracia del Señor y su bondadoso afecto hacia nosotros, adorémosle como aquellos a

quienes ha mostrado misericordia, no con nuestros dedos, ni con nuestra boca, ni con nuestra lengua, ni con parte alguna de nuestro cuerpo, sino con la disposición de nuestra alma —a él, que se hizo hombre aparte de este cuerpo—; y velemos porque (o hallaremos que) también ahora él monta guardia sobre las cárceles por nosotros, y sobre las tumbas, en cadenas y calabozos, en oprobios e injurias, por mar y por tierra firme, en azotes, condenas, conjuras, fraudes, castigos, y, en una palabra, está con todos nosotros, y él mismo padece con nosotros cuando padecemos, hermanos. Cuando cada uno de nosotros lo invoca, no soporta cerrarnos sus oídos, sino que, estando en todas partes, nos escucha a todos; y ahora tanto a mí como a Drusiana —por cuanto es el Dios de los que están encerrados— nos trae ayuda por su propia compasión.

104 Persuadíos también vosotros, pues, amados, de que no es un hombre lo que os predico que adoréis, sino a Dios inmutable, Dios invencible, Dios más alto que toda autoridad y todo poder, y más antiguo y más poderoso que todos los ángeles y criaturas que tienen nombre, y todos los eones. Si, pues, permanecéis en él, y sois edificados en él, poseeréis vuestra alma indestructible.

105 Y cuando hubo comunicado estas cosas a los hermanos,

Juan se marchó, con Andrónico, a pasear. Y Drusiana también le seguía de lejos con todos los hermanos, para poder contemplar las obras que él hacía, y oír su palabra en el Señor en todo tiempo.

El episodio restante que se conserva en griego es la conclusión del libro, la Muerte o Asunción de Juan. Antes de él deben colocarse los relatos que solo poseemos en latín (los de «Abdías» y otro texto de «Melito»), y los dos o tres fragmentos aislados.

## Los HECHOS LATINOS

(lat. XIV.) Y al día siguiente (o en otro día), Cratón, un filósofo, había proclamado en la plaza del mercado que daría un ejemplo del desprecio de las riquezas: y el espectáculo fue de esta manera. Había persuadido a dos jóvenes, los más ricos de la ciudad, que eran hermanos, para que gastasen toda su herencia y comprasen cada uno una joya, las cuales rompieron públicamente en pedazos a la vista del pueblo. Y mientras hacían esto, aconteció por azar que el apóstol pasaba por allí. Y llamando a sí a Cratón el filósofo, le dijo: Ese es un necio desprecio del mundo, que es alabado por boca de los hombres, pero condenado hace tiempo por el juicio de Dios. Porque así como es vana medicina aquella con que no se extirpa la enfermedad, así es vana enseñanza aquella por la que no se curan las faltas de las almas y de la conducta. Pero en verdad mi maestro enseñó a un joven que deseaba alcanzar la vida eterna, con estas palabras; diciendo que si quería ser perfecto, vendiese todos sus bienes y los diese a los pobres, y haciendo así ganaría tesoro en el cielo y hallaría la vida que no tiene fin. Y Cratón le dijo: Aquí se muestra en medio de los hombres el fruto de la codicia, y ha sido hecho pedazos. Pero si Dios es en verdad tu maestro y quiere que esto sea así, que la suma del precio de estas joyas se dé a los pobres, haz tú que las gemas sean restituidas enteras, para que lo que yo he hecho para alabanza de los hombres, tú lo hagas para gloria de aquel a quien llamas tu maestro. Entonces el bienaventurado Juan recogió los fragmentos de las gemas, y teniéndolos en las manos, alzó los ojos al cielo y dijo: Señor Jesucristo, para quien nada es imposible: que cuando el mundo fue

quebrantado por el árbol de la concupiscencia, lo restauraste de nuevo en tu fidelidad por el árbol de la cruz: que diste a uno nacido ciego los ojos que la naturaleza le había negado, que llamaste de vuelta a Lázaro, muerto y sepultado, después del cuarto día, a la luz; y que has sometido todas las enfermedades y todas las dolencias a la palabra de tu poder: haz así también ahora con estas piedras preciosas, que estos, sin conocer los frutos de la limosna, han roto en pedazos para alabanza de los hombres: recóbralas tú, Señor, ahora por manos de tus ángeles, para que por su valor se cumpla la obra de misericordia, y hagas que estos hombres crean en ti, el Padre no engendrado, por medio de tu Hijo unigénito Jesucristo nuestro Señor, con el Espíritu Santo, iluminador y santificador de toda la Iglesia, por los siglos de los siglos. Y cuando los fieles que estaban con el apóstol respondieron y dijeron Amén, los fragmentos de las gemas quedaron al punto tan unidos en uno que no quedó en ellas señal alguna de haber sido quebradas. Y Cratón el filósofo, con sus discípulos, viendo esto, se echó a los pies del apóstol y creyó desde entonces (o inmediatamente) y fue bautizado, con todos ellos, y comenzó él mismo a predicar públicamente la fe de nuestro Señor Jesucristo.

XV. Aquellos dos hermanos, pues, de quienes hablamos, vendieron las gemas que habían comprado con la venta de su herencia y dieron el precio a los pobres; y después de esto, una multitud grandísima de creyentes comenzó a unirse al apóstol. Y cuando todo esto se hizo, aconteció que, siguiendo el mismo ejemplo, dos hombres honorables de la ciudad de los efesios vendieron todos sus bienes y los repartieron entre los necesitados, y siguieron al apóstol mientras iba por las ciudades predicando la palabra de Dios. Pero sucedió que, cuando entraron en la ciudad de Pérgamo, vieron a sus propios siervos andando vestidos con ropas de seda y resplandecientes con la gloria de este mundo: de donde aconteció que fueron traspasados por la flecha del diablo y se entristecieron, viéndose pobres y vestidos con una sola capa mientras sus propios siervos eran poderosos y prósperos. Pero el apóstol de Cristo, percibiendo estas artimañas del diablo, dijo: Veo que habéis

cambiado de ánimo y de semblante por esto, que, obedeciendo la enseñanza de mi Señor Jesucristo, disteis todo lo que teníais a los pobres. Ahora bien, si deseáis recobrar lo que antes poseíais de oro, plata y piedras preciosas, traedme unas varas rectas, cada uno de vosotros un haz. Y cuando lo hubieron hecho, invocó el nombre del Señor Jesucristo, y se convirtieron en oro. Y el apóstol les dijo: Traedme piedrecillas de la orilla del mar. Y cuando también hicieron esto, invocó la majestad del Señor, y todos los guijarros se convirtieron en gemas. Entonces el bienaventurado Juan se volvió a aquellos hombres y les dijo: Id a los orfebres y joyeros durante siete días, y cuando hayáis comprobado que estos son oro verdadero y joyas verdaderas, decídmelo. Y fueron, ambos, y al cabo de siete días volvieron al apóstol, diciendo: Señor, hemos recorrido las tiendas de todos los orfebres, y todos han dicho que jamás vieron oro tan puro. Asimismo los joyeros han dicho lo mismo, que jamás vieron gemas tan excelentes y preciosas.

XVI. Entonces el santo Juan les dijo: Id, y redimid las tierras que habéis vendido, pues habéis perdido las heredades del cielo. Compraos vestiduras de seda, para que por un tiempo brilléis como la rosa, que muestra su fragancia y su rojez y de pronto se marchita. Porque suspirasteis al ver a vuestros siervos y gemisteis porque os habíais hecho pobres. Floreced, pues, para que os marchitéis: sed ricos por un tiempo, para que seáis mendigos para siempre. ¿No es la mano del Señor capaz de hacer riquezas desbordantes e insuperablemente gloriosas? Pero él ha dispuesto un combate para las almas, para que crean que tendrán riquezas eternas quienes por amor de su nombre han rehusado la riqueza temporal. En verdad, nuestro maestro nos habló de cierto rico que banqueteaba cada día y resplandecía de oro y púrpura, a cuya puerta yacía un mendigo, Lázaro, que deseaba recibir siquiera las migajas que caían de su mesa, y nadie se las daba. Y aconteció que un día murieron ambos, y aquel mendigo fue llevado al descanso que está en el seno de Abraham, pero el rico fue arrojado al fuego ardiente: desde el cual alzó los ojos y vio a Lázaro, y le rogó que mojase su dedo en agua y refrescase su boca, pues era atormentado en las llamas. Y Abraham

le respondió y dijo: Recuerda, hijo, que recibiste los bienes en tu vida, y asimismo Lázaro los males. Por lo cual con razón es ahora consolado, mientras tú eres atormentado, y además de todo esto, un gran abismo está fijado entre vosotros y nosotros, de manera que ni pueden pasar de allí hasta aquí, ni de aquí hasta allá. Pero él respondió: Tengo cinco hermanos: te ruego que alguien vaya a advertirles, para que no vengan a este fuego. Y Abraham le dijo: Tienen a Moisés y a los profetas, óiganlos. A esto respondió: Señor, a no ser que alguien resucite, no creerán. Abraham le dijo: Si no creen a Moisés y a los profetas, tampoco creerán aunque alguien resucite. Y estas palabras nuestro Señor y Maestro las confirmó con ejemplos de obras poderosas: porque cuando le dijeron: ¿Quién ha venido de allá, para que le creamos? él respondió: Traedme aquí al muerto que tenéis. Y cuando le trajeron un joven que estaba muerto (Ps.-Melito: tres cadáveres), fue despertado por él como quien duerme, y confirmó todas sus palabras. Pero ¿para qué he de hablar de mi Señor, cuando en este momento hay aquí quienes en su nombre y en vuestra presencia y a vuestra vista he resucitado de entre los muertos: en cuyo nombre habéis visto sanar paralíticos, limpiar leprosos, dar luz a ciegos, y a muchos librados de espíritus malignos? Pero las riquezas de estas obras poderosas no pueden tenerlas quienes han deseado tener riqueza terrenal. Finalmente, cuando vosotros mismos ibais a los enfermos e invocabais el nombre de Jesucristo, eran sanados: expulsabais a los demonios y devolvíais la luz a los ciegos. Mirad, esta gracia os ha sido quitada, y os habéis hecho desdichados, vosotros que erais poderosos y grandes. Y así como había tal temor de vosotros en los demonios, que a vuestra orden dejaban a los hombres que poseían, ahora vosotros tendréis temor de los demonios. Porque el que ama el dinero es siervo de Mamón: y Mamón es el nombre de un demonio que está puesto sobre las ganancias carnales, y es el señor de los que aman el mundo. Pero ni siquiera los amantes del mundo poseen las riquezas, sino que son poseídos por ellas. Porque no es razonable que para un solo vientre se guarde tanto alimento como bastaría para mil, y para un solo cuerpo tantas vestiduras como proveerían de ropa a mil hombres. En vano, pues, se guarda lo que no llega a usarse, y para

quién se guarda, nadie lo sabe, como dice el Espíritu Santo por el profeta: En vano se afana todo hombre que amontona riquezas y no sabe para quién las junta. Desnudos nos trajo a esta luz nuestro nacimiento de mujer, faltos de alimento y bebida: desnudos nos recibirá la tierra que nos dio a luz. Poseemos en común las riquezas del cielo, el resplandor del sol es igual para el rico y para el pobre, y asimismo la luz de la luna y de las estrellas, la suavidad del aire y las gotas de la lluvia, y la puerta de la iglesia y la fuente de la santificación y el perdón de los pecados, y la participación en el altar, y el comer el cuerpo y el beber la sangre de Cristo, y la unción del crisma, y la gracia del dador, y la visitación del Señor, y el perdón del pecado: en todo esto es igual la dispensación del Creador, sin acepción de personas. Ni usa el rico de estos dones de una manera y el pobre de otra. Pero desdichado e infeliz es el hombre que quisiera tener algo más de lo que le basta: pues de esto vienen fiebres ardientes, rigores de frío, diversos dolores en todos los miembros del cuerpo, y no puede saciarse ni de comida ni de bebida, para que la codicia aprenda que el dinero no le aprovechará, el cual, una vez guardado, trae a quienes lo custodian ansiedad de día y de noche, y no les deja estar tranquilos y seguros ni una hora. Pues mientras guardan sus casas de los ladrones, labran sus tierras, aran, pagan tributos, construyen graneros, se esfuerzan por la ganancia, procuran burlar los ataques de los fuertes y despojar a los débiles, ejercen su ira contra quien pueden, y apenas la soportan de otros, no rehúyen jugar a los dados ni asistir a los espectáculos públicos, no temen mancillarse ni ser mancillados, de pronto parten de este mundo, desnudos, llevando consigo solo sus propios pecados, por los cuales sufrirán castigo eterno.

XVII. Mientras el apóstol decía esto, he aquí que le fue traído por su madre, que era viuda, un joven que treinta días antes se había casado por primera vez con una mujer. Y el pueblo que acompañaba el entierro vino con la madre viuda y se echó a los pies del apóstol todos juntos con gemidos, llanto y lamento, y le suplicaron que, en el nombre de su Dios, así como había hecho con Drusiana, resucitase también a este joven. Y hubo tan gran llanto de todos

ellos que el apóstol mismo apenas pudo contener el llanto y las lágrimas. Se echó, pues, en oración, y lloró largo tiempo: y levantándose de la oración extendió las manos al cielo, y por largo espacio oró dentro de sí. Y cuando hubo hecho esto tres veces, mandó que se desatase el cuerpo, que estaba amortajado, y dijo: Tú, joven Estacteo, que por amor de tu carne perdiste tan pronto tu alma: tú, joven que no conociste a tu creador ni percibiste al Salvador de los hombres, y desconociste a tu verdadero amigo, y por eso caíste en la trampa del peor enemigo: he aquí que he derramado lágrimas y oraciones a mi Señor por tu ignorancia, para que resucites de entre los muertos, sueltos los lazos de la muerte, y declares a estos dos, a Ático y a Eugenio, cuán gran gloria han perdido, y cuán gran castigo han incurrido. Entonces Estacteo se levantó y adoró al apóstol, y comenzó a reprender a sus discípulos, diciendo: Vi a vuestros ángeles llorar, y a los ángeles de Satanás regocijarse por vuestra caída. Porque ahora, en poco tiempo, habéis perdido el reino que os estaba preparado, y las moradas edificadas de piedras resplandecientes, llenas de gozo, de banquetes y de delicias, llenas de vida eterna y de luz sin fin: y habéis ganado en cambio lugares de tinieblas, llenos de dragones, de llamas rugientes, de tormentos y de castigos sin igual, de dolores y angustia, temor y horrible temblor. Habéis perdido los lugares llenos de flores que no se marchitan, resplandecientes, llenos de sonidos de instrumentos de música (órganos), y habéis ganado en su lugar lugares donde el rugir y el aullar y el lamentar no cesan ni de día ni de noche. Nada os queda ya sino pedir al apóstol del Señor que, así como me ha resucitado a mí a la vida, os resucite también a vosotros de la muerte a la salvación, y traiga de vuelta vuestras almas, que ahora están borradas del libro de la vida. XVIII. Entonces tanto el que había sido resucitado como todo el pueblo, junto con Ático y Eugenio, se echaron a los pies del apóstol y le suplicaron que intercediese por ellos ante el Señor. A quienes el santo apóstol dio esta respuesta: que durante treinta días ofreciesen penitencia a Dios, y que en ese espacio de tiempo orasen especialmente para que las varas de oro volviesen a su naturaleza, y asimismo las piedras volviesen a la vileza en que fueron hechas. Y aconteció que,

cumplidos los treinta días, ni las varas se convirtieron en madera ni las gemas en guijarros, y Ático y Eugenio vinieron y dijeron al apóstol: Tú siempre has enseñado la misericordia, y predicado el perdón, y mandado que un hombre perdone a otro. Y si Dios quiere que un hombre perdone a un hombre, cuánto más él, siendo Dios, perdonará y tendrá compasión de los hombres. Estamos confundidos por nuestro pecado: y así como clamamos con los ojos que codiciaron el mundo, ahora nos arrepentimos con ojos que lloran. Te rogamos, Señor, te rogamos, apóstol de Dios, muestra por obra aquella misericordia que de palabra siempre has prometido. Entonces el santo Juan les dijo, mientras lloraban y se arrepentían, y todos igualmente intercedían por ellos: Nuestro Señor Dios usó estas palabras cuando habló acerca de los pecadores: No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. Porque cuando el Señor Jesucristo nos enseñó acerca del arrepentido, dijo: En verdad os digo, hay gran gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente y se aparta de sus pecados: y hay más gozo por él que por noventa y nueve que no han pecado. Por lo cual quiero que sepáis que el Señor acepta el arrepentimiento de estos hombres. Y se volvió a Ático y a Eugenio y dijo: Id, llevad de vuelta las varas al bosque de donde las tomasteis, pues ahora han vuelto a su propia naturaleza, y las piedras a la orilla del mar, pues se han hecho piedras comunes como eran antes. Y cuando esto se cumplió, recibieron de nuevo la gracia que habían perdido, de manera que de nuevo expulsaban demonios como antes y sanaban a los enfermos y daban luz a los ciegos, y a diario el Señor obraba por medio de ellos muchas obras poderosas.

XIX refiere brevemente la destrucción del templo de Éfeso y la conversión de 12.000 personas. Sigue luego el episodio de la copa envenenada, en una forma que probablemente representa la historia de los Hechos leucianos. (Hemos visto que los textos griegos tardíos lo sitúan al principio, en presencia de Domiciano.)

XX. Y cuando Aristodemo, que era sumo sacerdote de todos aquellos ídolos, vio esto, lleno de un espíritu perverso, suscitó sedición entre el pueblo, de modo que un grupo del pueblo se

dispuso a luchar contra el otro. Y Juan se volvió a él y dijo: Dime, Aristodemo, ¿qué puedo hacer para quitar la ira de tu alma? Y Aristodemo dijo: Si quieres que yo crea en tu Dios, te daré veneno a beber, y si lo bebes y no mueres, se verá que tu Dios es verdadero. El apóstol respondió: Si me das veneno a beber, cuando yo invoque el nombre de mi Señor, no podrá hacerme daño. Aristodemo dijo de nuevo: Quiero que primero veas a otros beberlo y morir al instante, para que así tu corazón retroceda ante esa copa. Y el bienaventurado Juan dijo: Ya te he dicho que estoy dispuesto a beberlo, para que creas en el Señor Jesucristo cuando me veas sano tras la copa de veneno. Aristodemo, pues, fue al procónsul y le pidió dos hombres que debían sufrir la sentencia de muerte. Y cuando los hubo puesto en medio de la plaza del mercado, ante todo el pueblo, a la vista del apóstol les hizo beber el veneno: y tan pronto como lo hubieron bebido, entregaron el espíritu. Entonces Aristodemo se volvió a Juan y dijo: Escúchame, y aparta tu enseñanza con que apartas al pueblo del culto de los dioses; o toma y bebe esto, para que muestres que tu Dios es todopoderoso, si después de haberlo bebido puedes quedar sano. Entonces el bienaventurado Juan, mientras yacían muertos los que habían bebido el veneno, como hombre intrépido y valiente tomó la copa, y, haciendo la señal de la cruz, habló así: Dios mío, y Padre de nuestro Señor Jesucristo, por cuya palabra fueron establecidos los cielos, a quien todas las cosas están sujetas, a quien toda la creación sirve, a quien todo poder obedece, teme y tiembla, cuando te invocamos en nuestro socorro: cuyo nombre, al oírlo, la serpiente calla, el dragón huye, la víbora se aquieta, el sapo (que se llama rana) queda quieto y sin fuerza, el escorpión se apaga, el basilisco es vencido, y la falangia (araña) no hace daño; en una palabra, todas las cosas venenosas, y los más fieros reptiles y bestias dañinas, quedan traspasados (o cubiertos de tinieblas). [Ps.-Melito añade: y todas las raíces nocivas para la salud de los hombres se secan.] Haz tú, digo, apagar el veneno de esta ponzoña, extingue sus mortíferos efectos, y vacíala de la fuerza que en ella hay: y concede, a la vista de todos estos que tú has creado, ojos con que vean, y oídos con que oigan, y un corazón con que entiendan tu grandeza. Y habiendo dicho esto, armó su boca y todo

su cuerpo con la señal de la cruz y bebió todo lo que había en la copa. Y después de haber bebido, dijo: Pido que aquellos por quienes he bebido se conviertan a ti, oh Señor, y por tu iluminación reciban la salvación que está en ti. Y cuando, por espacio de tres horas, el pueblo vio que Juan tenía el semblante alegre, y que no había en él señal alguna de palidez ni de temor, comenzaron a clamar a gran voz: Él es el único Dios verdadero, a quien Juan adora.

XXI. Pero Aristodemo, aun así, no creyó, aunque el pueblo le reprochaba: sino que se volvió a Juan y dijo: Una sola cosa me falta: si tú, en el nombre de tu Dios, resucitas a estos que han muerto por este veneno, mi mente quedará limpia de toda duda. Cuando dijo esto, el pueblo se alzó contra Aristodemo, diciendo: Te quemaremos a ti y a tu casa si sigues importunando al apóstol con tus palabras. Juan, pues, viendo que había una fiera sedición, pidió silencio, y dijo, oyéndolo todos: La primera de las virtudes de Dios que debemos imitar es la paciencia, por la cual somos capaces de soportar la necedad de los incrédulos. Por lo cual, si Aristodemo está aún retenido por la incredulidad, desatemos los nudos de su incredulidad. Será obligado, aunque tarde, a reconocer a su creador; pues no cesaré de esta obra hasta que un remedio traiga ayuda a sus heridas, y como los médicos que tienen en sus manos a un enfermo necesitado de medicina, así también, si Aristodemo no está aún curado por lo que se ha hecho ya, será curado por lo que ahora haré. Y llamó a Aristodemo a sí, y le dio su túnica, y él mismo quedó vestido solo con su manto. Y Aristodemo le dijo: ¿Por qué me has dado tu túnica? Juan le dijo: Para que así quedes avergonzado y te apartes de tu incredulidad. Y Aristodemo dijo: ¿Y cómo hará tu túnica que me aparte de la incredulidad? El apóstol respondió: Ve y échala sobre los cuerpos de los muertos, y dirás así: El apóstol de nuestro Señor Jesucristo me ha enviado para que

en su nombre podáis resucitar, para que todos sepan que la vida y la muerte son siervas de mi Señor Jesucristo. Y cuando Aristodemo hubo hecho esto, y los vio levantarse, adoró a Juan, y corrió aprisa hacia el procónsul y comenzó a decir a grandes voces: «Óyeme,

óyeme, procónsul; creo que recuerdas que yo he excitado a menudo tu ira contra Juan y he urdido cada día muchas cosas contra él, por lo cual temo sentir ahora la suya: porque es un dios escondido bajo forma de hombre, y ha bebido veneno, y no solo permanece sano, sino que también a los que habían muerto por el veneno los ha devuelto a la vida por mi medio, con el solo tacto de su túnica, y no tienen en sí señal alguna de muerte.» Lo cual, oído por el procónsul, dijo: «¿Y qué quieres que haga yo?» Respondió Aristodemo:

«Vayamos y postrémonos a sus pies y pidámosle perdón, y cuanto nos mande, hagámoslo.» Entonces se juntaron y se postraron y le suplicaron perdón: y él los recibió, y ofreció oración y acción de gracias a Dios, y les impuso un ayuno de una semana, y cumplido este, los bautizó en el nombre del Señor Jesucristo y de su Padre Todopoderoso, y del Espíritu Santo, el iluminador. [Y cuando fueron bautizados, con toda su casa y sus siervos y sus parientes, quebraron todos sus ídolos y construyeron una iglesia en el nombre de san Juan, en la cual él mismo fue llevado, de la manera que a continuación se cuenta:]

Esta frase entre corchetes, de factura tardía, sirve para introducir el último episodio del libro.

## FRAGMENTOS SUELTOS

Aquí podemos insertar una noticia sobre tres fragmentos sueltos de los Hechos.

a. La parte superior de una hoja de papiro del siglo IV, papiros de Oxirrinco, n.º 850 (vol. VI, 1908). Los editores dudan del orden de las dos páginas, y sugieren que el recto debería seguir al verso.

Recto

partida.

. . . Andrónico y su mujer . . . .

(este es el título del episodio siguiente)

11. 1, 2 Y cuando hubieron pasado unos pocos días, salió Juan con muchos de los hermanos hacia . . . .

3 . . . . para cruzar un puente bajo el cual corría un río profundo

4 (y mientras Juan) iba hacia los hermanos

5 (he aquí que un hombre) vino hacia él vestido a la manera de un soldado

6 y, puesto en pie delante de él, dijo: «Juan, a

7 (mis) manos vendrás en breve.» Y Juan (con ira)

8 (dijo): El Señor apagará tu amenaza y tu ira y

9 (tu trans)gresión. Y he aquí que desapareció. (Cuando, pues,)

10 llegó Juan a aquellos a quienes iba, y halló

11 (a ellos) reunidos, y dijo: «Levantaos, herma12(nos), doblemos las rodillas ante el Señor, y»

12, 13 deshizo la obra invisible del gran enemigo

14 dobló las rodillas junto con ellos . . . dijo

15 . . . . Dios

Aquí aparece un demonio disfrazado de soldado que amenaza a Juan, acaso prediciendo su arresto, y es puesto en fuga; Juan está a punto de orar con los hermanos.

Verso

1 por él

2 gemidos y

3 pero Juan

4 a Zeuxis, habiéndose levantado y tomado una (copa)

5 . . . que me obligaste con

6, 7 pensando en ahorcarse: que vuelves hacia ti las cosas desesperadas: 7, 8 que das a conocer . . . las cosas que

8 no son conocidas por nadie: que lloras por los afligidos

9 que resucitas a los que han sido dados a la muerte

10 de los desvalidos: Jesús, consolador de los

11 te alabamos y adoramos y damos gracias

12 por todos tus dones: y por tu presente disposición

13, 14 y ministerio. Y solo a Zeuxis dio de la eucaristía, y después dio a los que quisieron recibirla

15 mirándolo, no se atrevieron: pero el procónsul

16 (¿enviando a un?) centurión en medio de la asamblea (¿la iglesia?) dice a Juan: «

17 Siervo del (Dios) innombrable,

18 ha traído cartas de César,

19 (¿en las que se contiene: Domiciano César) y el sen(ado . . .)»

Zeuxis ha intentado ahorcarse. Ha sido librado, y se celebra un oficio de acción de gracias. El procónsul está ya allí y ha visto el milagro: trae cartas del emperador.

El editor se pregunta si hay espacio en la parte inferior del recto para terminar la oración de Juan e introducir el episodio de Zeuxis. Pero el autor, aunque a menudo muy prolijo, también puede recorrer mucho terreno en pocas líneas. Y resulta igualmente difícil ver cómo la carta del emperador podría despacharse y darse por concluida en media página, y a continuación seguir inmediatamente una historia sobre Andrónico.

El interés del fragmento para el curso general de la historia está en que confirma nuestra creencia de que Juan era representado como alguien que llegaba a conocimiento del emperador; y probablemente el destierro, o el caldero de aceite hirviendo, o ambas cosas, fueron la secuela de aquel episodio: dudo, sin embargo, de que el juicio se situara en Roma.

b y c son citas conservadas en un apócrifo latino bárbaro llamado la Epístola de Tito, consistente sobre todo en una diatriba sobre la virginidad, la cual

se conserva en un solo manuscrito de Wurzburg (siglo VIII). Dom Donatien de Bruyne las publicó en la Revue Bénédictine de 1908 (pp. 149-60).

b. ¿O acaso está fuera de la doctrina que se nos enseña, cómo los mismos demonios [cuando] confesaron a Diro (léase Vero) el diácono acerca de la venida de Juan? Considerad lo que dijeron: «Muchos vendrán a nosotros en los últimos tiempos para expulsarnos de nuestros vasos (esto es, los cuerpos poseídos por ellos), diciendo que son puros y limpios de mujeres y que no los tiene sujetos el deseo de ellas: a los cuales (ms.: mientras), si los deseásemos, (podríamos) poseerlos también.»

Esto debería proceder de una parte temprana del libro. Creo que precede a la primera visita de Juan a Éfeso. Mi versión refleja la oscuridad del original.

c está tan confuso (y es tan fatigoso) que desafía la traducción. Es una diatriba de Juan contra el matrimonio, y comienza así:

Recibe, pues, en tu corazón la amonestación del bienaventurado Juan, quien, siendo invitado a una boda, no fue sino por causa de la castidad; y considera lo que dijo: Hijitos, mientras vuestra carne está aún pura y tenéis vuestro cuerpo intacto y no corrompido, y no estáis mancillados por Satanás, el gran enemigo y desvergonzado adversario de la castidad: conoced, pues, más plenamente el misterio de la unión nupcial: es el experimento de la serpiente, la ignorancia de la doctrina, la lesión de la simiente, el don de la muerte,

. . . (siguen treinta y una (!) cláusulas, muchas de ellas bastante corruptas; las últimas son) el impedimento que separa del Señor, el principio de la desobediencia, el fin de la vida, y la muerte. Oyendo esto, hijitos, uníos en un matrimonio inseparable, santo y verdadero, aguardando al único y verdadero esposo incomparable que viene del cielo, esto es, a Cristo, el esposo eterno.

Si, pues, el apóstol disolvió un matrimonio, para que no fuese ocasión de pecado . . . etc.

Este es el pasaje más abiertamente encratita de los Hechos: es cierto que Juan persuadió a Andrónico y a otros para que disolvieran su matrimonio, en todo menos en el nombre; pero en ninguna otra parte hay tal cúmulo de invectivas contra la institución del matrimonio en cuanto tal. El discurso pertenece a un episodio del que nada sabemos; no puede referirse a Andrónico ni a Licomedes, que estaban ambos casados cuando por primera vez oímos hablar de ellos.

Una tercera cita de la Epístola de Tito está tomada de una parte que se conserva de los Hechos, la última oración de Juan.

## LA ASUNCIÓN DE JUAN

El último episodio de estos Hechos (como ocurre con otros varios de los Hechos apócrifos) se conservó por separado para leerlo en la iglesia el día del santo. Lo tenemos en nueve manuscritos griegos por lo menos, y en muchas versiones: latina, siríaca, armenia, copta, etiópica y eslava.

106 Permaneció, pues, Juan con los hermanos, regocijándose en el Señor. Y al día siguiente, que era el día del Señor, estando reunidos todos los hermanos, comenzó a decirles: Hermanos y consiervos y coherederos y partícipes conmigo en el reino del Señor, vosotros conocéis al Señor, cuántas obras poderosas os ha otorgado por medio de mí, cuántos prodigios, curaciones, señales, cuán grandes dones espirituales, enseñanzas, gobiernos, refrigerios, ministerios, conocimientos, glorias, gracias, dones, fes, comuniones, todo lo cual habéis visto que él os daba ante vuestros ojos, y que sin embargo no fue visto por estos ojos ni oído por estos oídos. Estad, pues, afirmados en él, recordándolo en cada una de vuestras obras, conociendo el misterio de la dispensación que se ha cumplido para con los hombres, y por qué causa el Señor la ha llevado a cabo. Él os ruega por mí, hermanos, y os suplica, deseando permanecer sin pesar, sin ultraje, sin que se conspire contra él, sin que se le castigue; porque él conoce hasta el ultraje que viene de vosotros, conoce hasta el deshonor, conoce hasta la conspiración, conoce hasta el castigo, de parte de los que no escuchan sus mandamientos.

107 No sea, pues, contristado nuestro Dios bueno, el compasivo, el misericordioso, el santo, el puro, el incontaminado, el inmaterial, el único, el uno, el inmutable, el simple, el que no tiene doblez, el que no se aíra, nuestro Dios Jesucristo, que está por encima de todo nombre que podamos pronunciar o concebir, y más excelso aún. Regocíjese con nosotros porque andamos rectamente; gócese porque vivimos con pureza; sea confortado porque nuestra conducta es sobria. Esté sin cuidado porque vivimos con continencia; compláscase porque nos comunicamos unos con otros; sonría porque somos castos; esté alegre porque le amamos. Estas cosas os digo ahora, hermanos, porque me apresuro hacia la obra que tengo delante, y ya estoy siendo consumado por el Señor. Pues ¿qué otra cosa podría yo deciros? Tenéis la prenda de nuestro Dios, tenéis las arras de su bondad, tenéis su presencia, a la que no es posible sustraerse. Si, pues, no pecáis más, él os perdona lo que hicisteis por ignorancia; pero si, después de haberle conocido y de que él haya tenido misericordia de vosotros, volvéis a andar en las mismas obras, no solo os será imputado lo anterior, sino que tampoco tendréis parte ni misericordia delante de él.

108 Y cuando les hubo dicho esto, oró así: Oh Jesús, que has tejido esta corona con tu tejido, que has juntado estas muchas flores en la flor inmarcesible de tu rostro, que has sembrado en ellos estas palabras: tú, único cuidador de tus siervos, y médico que sanas de balde; único hacedor del bien y que a nadie desprecias; único misericordioso y amante de los hombres; único salvador y justo; único que todo lo ves, que estás en todos y en todas partes presente, y que contienen todas las cosas y llenas todas las cosas: Cristo Jesús, Dios, Señor, que con tus dones y tu misericordia amparas a los que en ti confían, que conoces claramente las asechanzas y los asaltos de aquel que en todas partes es nuestro adversario, y cuanto maquina contra nosotros: socorre tú solo, oh Señor, a tus siervos con tu visitación. Así sea, Señor.

109 Y pidió pan, y dio gracias de esta manera: ¿Qué alabanza, o qué ofrenda, o qué acción de gracias nombraremos nosotros, al partir este pan, sino a ti solo, oh Señor Jesús? Glorificamos tu

nombre, que fue dicho por el Padre; glorificamos tu nombre, que fue dicho por medio del Hijo (o bien: glorificamos el nombre de Padre, que fue dicho por ti... el nombre de Hijo, que fue dicho por ti); glorificamos tu entrada por la Puerta. Glorificamos la resurrección que por ti nos fue mostrada. Glorificamos tu camino; glorificamos de ti la simiente, el Verbo, la gracia, la fe, la sal, la perla inefable (var. escogida), el tesoro, el arado, la red, la grandeza, la diadema, a aquel que por nosotros fue llamado Hijo del hombre, que nos dio la verdad, el reposo, el conocimiento, el poder, el mandamiento, la confianza, la esperanza, el amor, la libertad, el refugio en ti. Porque tú, Señor, eres el único que es raíz de la inmortalidad, y fuente de la incorrupción, y asiento de los siglos: llamado con todos estos nombres por causa de nosotros, para que, invocándote con ellos, demos a conocer tu grandeza, que al presente nos es invisible, y solo visible para los puros, retratada únicamente en tu humanidad.

110 Y partió el pan y nos lo dio a todos nosotros, orando sobre cada uno de los hermanos para que fuese digno de la gracia del Señor y de la santísima eucaristía. Y él mismo participó también de igual manera, y dijo: Haya también para mí una parte con vosotros; y: La paz sea con vosotros, amados míos.

111 Después de esto dijo a Vero: Toma contigo unos dos hombres, con espuelas y palas, y sígueme. Y Vero, sin demora, hizo como le mandaba Juan, el siervo de Dios. Salió, pues, el bienaventurado Juan de la casa y caminó fuera de las puertas, habiendo dicho a la mayoría que se apartaran de él. Y cuando hubo llegado al sepulcro de cierto hermano nuestro, dijo a los jóvenes: Cavad, hijos míos. Y ellos cavaron, y él les instaba todavía más, diciendo: Sea más honda la fosa. Y mientras cavaban, les hablaba la palabra de Dios y exhortaba a los que habían salido con él de la casa, edificándolos y perfeccionándolos hacia la grandeza de Dios, y orando sobre cada uno de nosotros. Y cuando los jóvenes hubieron acabado la fosa como él quería, sin que nosotros supiéramos nada de ello, se quitó los vestidos que llevaba puestos y los tendió como si fueran un lecho en el fondo de la fosa; y, quedando vestido solo con su túnica interior, extendió las manos hacia lo alto y oró así:

112 Oh tú, que nos escogiste para el apostolado de los gentiles; oh Dios, que nos enviaste al mundo; que te revelaste por la ley y los profetas; que nunca reposaste, sino que siempre, desde la fundación del mundo, salvaste a los que podían ser salvados; que te diste a conocer por medio de toda la naturaleza; que te proclamaste aun entre las bestias; que hiciste mansa y quieta el alma desolada y salvaje; que te diste a ella cuando estaba sedienta de tus palabras; que te apareciste a ella apresuradamente cuando moría; que te mostraste a ella como ley cuando se hundía en la iniquidad; que te manifestaste a ella cuando había sido vencida por Satanás; que venciste a su adversario cuando ella huyó hacia ti; que le diste tu mano y la levantaste de las cosas del Hades; que no la dejaste andar a la manera corporal (en el cuerpo); que le mostraste a su propio enemigo; que le has procurado un conocimiento claro hacia ti: oh Dios, Jesús, Padre de los que están sobre los cielos, Señor de los que están en los cielos, ley de los que están en el otro, curso de los que están en el aire, guardián de los que están sobre la tierra, temor de los que están debajo de la tierra, gracia de los que son tuyos: recibe también el alma de tu Juan, a la que acaso tengas tú por digna.

113 Oh tú, que me has guardado hasta esta hora para ti mismo e intacto de toda unión con mujer; que, cuando en mi juventud quise casarme, te me apareciste y me dijiste: Juan, tengo necesidad de ti; que me preparaste además una enfermedad del cuerpo; que, cuando por tercera vez quise casarme, me lo impediste al punto, y luego, a la hora tercera del día, me dijiste sobre el mar: Juan, si no hubieras sido mío, te habría dejado casarte; que durante dos años me cegaste (o me afligiste los ojos) y me concediste llorar y suplicarte; que al tercer año abriste los ojos de mi mente y me concediste también mis ojos visibles; que, cuando ya veía claramente, dispusiste que me fuera penoso mirar a una mujer; que me salvaste de la fantasía temporal y me condujiste a lo que permanece para siempre; que me libraste de la inmunda locura que hay en la carne; que me sacaste de la muerte amarga y me afirmaste en ti solo; que amordazaste la enfermedad secreta de mi

alma y cortaste la obra manifiesta; que afligiste y desterraste al que levantaba tumulto en mí; que hiciste sin mancha mi amor por ti; que hiciste mi unión contigo perfecta e indisoluble; que me diste fe sin vacilación en ti; que ordenaste e hiciste clara mi inclinación hacia ti; tú, que das a cada hombre el debido galardón de sus obras; que pusiste en mi alma que no tuviera posesión alguna sino a ti solo: porque ¿qué hay más precioso que tú? Ahora, pues, Señor, ya que he cumplido la dispensación que me fue confiada, tenme por digno de tu reposo, y concédeme aquel fin en ti que es salvación inefable e indecible.

114 Y al ir yo hacia ti, retroceda el fuego, sea vencida la tiniebla, quede sin fuerza el abismo, se apague el horno, sea extinguida la gehena. Síguenme los ángeles, teman los demonios, sean quebrantados los principados, caigan las potestades; estén firmes los lugares de la derecha, no permanezcan los de la izquierda. Sea amordazado el diablo, sea escarnecido Satanás, consúmase su ira, aquíétese su locura, avergüéncese su venganza, padezca dolor su asalto, sean heridos sus hijos y arrancadas todas sus raíces. Y concédeme cumplir el camino hacia ti sin sufrir insolencia ni provocación, y recibir lo que has prometido a los que viven en pureza y solo a ti te han amado.

115 Y habiéndose signado en todas sus partes, se puso en pie y dijo: Tú estás conmigo, oh Señor Jesucristo; y se tendió en la fosa donde había extendido sus vestidos; y, habiéndonos dicho: La paz sea con vosotros, hermanos, entregó su espíritu con gozo. Los manuscritos griegos menos buenos y algunas versiones no se contentan con este final tan sencillo. El latino dice que, después de la oración, una gran luz apareció sobre el apóstol por espacio de una hora, tan resplandeciente que nadie podía mirarla. (Entonces se tendió y entregó el espíritu.) Los que allí estábamos, unos nos regocijamos y otros lloramos... Y al punto se vio por todos que del sepulcro brotaba maná, el cual maná produce aquel lugar hasta el día de hoy, etc. Pero quizá la mejor conclusión sea la de un manuscrito griego: Trajimos un lienzo y lo extendimos sobre él, y nos fuimos a la ciudad. Y al día siguiente salimos y no hallamos su

cuerpo, porque había sido trasladado por el poder de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria, etc. Otro dice: Al día siguiente cavamos en el lugar, y no lo hallamos a él, sino solamente sus sandalias, y la tierra que se movía (lit. brotando como un pozo); y después de eso nos acordamos de lo que el Señor había dicho a Pedro, etc. Agustín (sobre Juan 21) refiere la creencia de que en su tiempo se veía moverse la tierra sobre la sepultura, como agitada por la respiración de Juan.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE**  
**DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**